

Los sesgos de género en las encuestas oficiales sobre economía doméstica

Gender Bias in Official Surveys on Household Economics

Sandra Dema Moreno y Capitolina Díaz Martínez

Palabras clave

- Dinero
- Economía
- Encuestas
- Género
- Hogar
- Metodología de la investigación
- Trabajo doméstico

Key words

- Money
- Economy
- Surveys
- Gender
- Home
- Research
- Methodology
- Housework

Resumen

El objetivo de este artículo es mostrar en qué medida las encuestas oficiales sobre economía doméstica permiten conocer las dinámicas económicas que se generan en el interior de los hogares y, en particular, las similitudes y diferencias en los ingresos y gastos de mujeres y hombres dentro de los diferentes tipos de hogares. Presentamos los resultados de una investigación en la que se revisaron los documentos metodológicos y los cuestionarios utilizados para la recogida de datos de la Encuesta de Condiciones de Vida (ECV) y de la Encuesta de Presupuestos Familiares (EPF), las dos principales encuestas españolas sobre economía doméstica. El estudio revela los sesgos teóricos y metodológicos que subyacen al diseño de ambas encuestas al ser analizadas desde la perspectiva de género, así como los vacíos de información y las limitaciones de las mismas y de los análisis estadísticos que se pueden llevar a cabo a partir de sus datos.

Abstract

The purpose of this article is to demonstrate the extent to which official surveys on household economics offer insight on the economic dynamics of households and specifically, the similarities and differences between men and women in regard to household economics. We present the results of a study examining methodological documents and questionnaires used for data collection for the Statistics on Income and Living Conditions (EU-SILC) and the Household Budget Survey (HBS), the two principal Spanish surveys on domestic economics. Analyses revealed the theoretical and methodological biases underlying the design of these two surveys, as well as data gaps and limitations occurring in their design and in the statistical analyses carried out based on their data.

Cómo citar

Dema Moreno, Sandra y Díaz Martínez, Capitolina (2014). «Los sesgos de género en las encuestas oficiales sobre economía doméstica». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 148: 21-38. (<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.148.21>)

La versión en inglés de este artículo puede consultarse en <http://reis.cis.es> y <http://reis.metapress.com>

Sandra Dema Moreno: Universidad de Oviedo | demasandra@uniovi.es
Capitolina Díaz Martínez: Universidad de Valencia | capitolina.diaz@uv.es

INTRODUCCIÓN¹

Pocos instrumentos, si es que hay alguno, ofrecen un nivel de detalle tan pormenorizado de las actividades económicas de los hogares como la combinación de la Encuesta de Condiciones de Vida (ECV) y la Encuesta de Presupuestos Familiares (EPF), realizadas anualmente, la primera a más de 13.000 hogares españoles y la segunda a más de 22.000. La ECV proporciona información detallada de cada miembro del hogar, ofrece datos personales básicos como sexo, edad, estado civil o nacionalidad, relación de convivencia con el resto de integrantes del hogar, nivel educativo, así como la situación y las condiciones laborales y los ingresos de las personas que viven bajo un mismo techo. Asimismo, esta encuesta recoge información acerca de los hogares, como el tipo de vivienda y el régimen de tenencia (propiedad, arrendamiento, cesión), las condiciones de la vivienda (número de habitaciones, condiciones sanitarias, condiciones de ruido o violencia en el barrio), su equipamiento, el entorno físico y social en el que se encuentra, los gastos que genera la vivienda, la renta del hogar, y cuestiones ligadas a la exclusión social, como retrasos de pagos o situaciones de privación material, entre otras.

La EPF, por su parte, también proporciona datos biográficos de todos los miembros del hogar (edad, sexo, estudios, nacionali-

dad y actividad, si percibe o no ingresos y cuantía de los mismos). Sin embargo, identifica a una persona como sustentadora principal y aporta información detallada acerca de sus condiciones laborales y su situación socioeconómica, no interrogando al resto de los miembros acerca de estas cuestiones. La encuesta recopila asimismo datos referidos a la composición del hogar, las características de la vivienda (régimen de tenencia, tipo, tamaño, situación, etc.) y los gastos de consumo del hogar. Dichos gastos se refieren tanto a los de carácter monetario, que se destinan a pagar ciertos bienes y servicios de consumo final, como a gastos no monetarios, tales como el salario en especie que pudieran recibir sus integrantes, las comidas gratuitas o bonificadas o el alquiler imputado a la vivienda en propiedad, entre otros.

Ambos instrumentos suministran información relevante para conocer la distribución de ingresos y gastos en los hogares, así como las condiciones de vida y de exclusión social, pero lo que no muestran, o al menos no mostraban hasta la reciente inclusión del módulo de 2010 de la ECV sobre «Distribución de los recursos dentro del hogar», son las dinámicas económicas que se generan en su interior. Y, particularmente, si existen o no diferencias entre varones y mujeres en los gastos que realizan, en los procesos de toma de decisiones económicas que se dan en el interior de los hogares, en la gestión de los recursos y, en definitiva, en cómo afectan las cuestiones económicas al bienestar de las personas integrantes de las familias.

La teoría feminista ha denunciado desde hace décadas los sesgos sexistas en los que incurren muchas de las encuestas y estadísticas oficiales, pero tales cuestionamientos no siempre han sido escuchados por los organismos responsables de las mismas, que con frecuencia se han limitado a la recomendación de desagregar los datos por sexo. En la primera Conferencia Mundial sobre las Mujeres (México, 1975) ya se acordó la conveniencia de desagregar por sexo las esta-

¹ Este artículo ha sido realizado en el seno del proyecto de investigación «Los presupuestos familiares desde la perspectiva de género: Análisis no sexista de la Encuesta de Presupuestos Familiares y de la Encuesta de Condiciones de Vida» (CSO2008-05182), financiado por el Plan Nacional de I+D+i (2008-2011), del Ministerio de Educación y Ciencia, asimismo, ha recibido una ayuda de cofinanciación por parte de la Consejería de Educación y Ciencia del Principado de Asturias (FC09COF0922). Una versión previa de este artículo fue presentada en el XI Congreso Español de Sociología «Crisis y cambio: propuestas desde la Sociología» y en el IV Congreso de Economía Feminista, celebrados ambos en 2013. Agradecemos a las personas revisoras sus valiosos comentarios y recomendaciones, que han contribuido a la mejora de este artículo.

dísticas con el fin de conocer si la situación de mujeres y hombres, en relación a cualquier parámetro analizado, era la misma y, de no serlo, en qué se diferenciaba. Este acuerdo ha tenido un lento proceso de implementación en las estadísticas oficiales de los distintos países, y en algunos, como el nuestro, hace menos de una década que se está imponiendo de forma progresiva, aunque no completa todavía.

Si bien disponer de información desagregada por sexo es el mínimo imprescindible, no es suficiente, ya que cualquier dato es el resultado de una investigación, de unas hipótesis, unas preguntas, sus respuestas y el análisis estadístico de las mismas. Y, por tanto, cualquier proceso de producción de datos al que no se le aplique de forma sistemática la perspectiva de género, esto es la valoración, en cada paso del proceso, de si la técnica aplicada desvela u oculta las diferencias entre mujeres y hombres, producirá datos sesgados por género (Eichler, 1991; Nicolás, 2009; UNECE, 2010; Díaz y Dema, 2013). Ello casi siempre quiere decir que no se distingue entre mujeres y varones y se toma a estos últimos como arquetipo del ser humano, aplicando a las mujeres las caracterizaciones que la investigación haya encontrado como propias de los varones. Por decirlo de forma rápida, se produce una investigación sexista. Dicho de forma más sofisticada: es una investigación que, en alguna medida y en principio, no da cuenta de la realidad porque los datos que ofrece no responden necesariamente a la situación de los varones ni de las mujeres, al ser una amalgama de los datos de ambos.

En los últimos años diversas investigadoras y organismos oficiales han puesto en marcha procesos de desenmascaramiento de las supuestas estadísticas y/o investigaciones neutrales. Así, Picchio (1996) y Durán (2000), entre otras, han cuestionado la producción de los datos de la contabilidad nacional; Carrasco *et al.* (2004) han desvelado el sexismo en las encuestas de empleo (par-

ticularmente en la EPA). Quizá el empeño más ambicioso para eliminar el sexismo en la investigación ha nacido de la mano de Londa Schiebinger con el proyecto *Gender Innovation in Science, Health & Medicine, Engineering and Environment*² que en la actualidad se lleva a cabo entre la Universidad de Stanford y la Comisión Europea. Pero tal vez el intento más interesante para nuestro propósito de entender la situación económica de las mujeres y los varones en los hogares, a partir de las encuestas oficiales, haya sido la introducción del módulo sobre «Distribución de ingresos en el hogar» en la ECV de 2010. De todos modos, dicho módulo presenta algunas insuficiencias y es solo un apéndice ocasional aplicado a la encuesta de 2010. Por ello, hemos creído necesario hacer una revisión de la ECV y la EPF a fin de descubrir hasta qué punto muestran la situación de mujeres y varones en el interior de los hogares en lo relativo al dinero; en este artículo daremos cuenta de los hallazgos más importantes de dicha revisión.

LAS APORTACIONES FEMINISTAS AL ESTUDIO DE LA ECONOMÍA DOMÉSTICA

Desde la década de los años sesenta del siglo XX, las investigaciones feministas han ejercido una importante influencia sobre la sociología de la familia y sobre los estudios acerca de la economía de los hogares, poniendo de manifiesto algunos aspectos clave para el análisis de las relaciones de género, así como las complejas interrelaciones entre economía y familia.

La familia es una unidad económica de ingresos y gastos, considerada tanto desde la tradición sociológica como desde la economía neoclásica como la menor unidad de

² <http://genderedinnovations.stanford.edu/what-is-gendered-innovations.html>

análisis posible. Este planteamiento está en la base de las influyentes teorías de Talcott Parsons (1955) y de Gary Becker (1981); ambos entienden que la familia es una unidad de producción y distribución de recursos, que funciona en pro de la utilidad común y donde se adoptan decisiones racionales, buscando maximizar su beneficio. Así mismo, durante varias décadas, los principales análisis sobre economía doméstica y sobre pobreza, entre otros, consideraron al hogar como la unidad de medida más pequeña, sin entrar a examinar lo que ocurría en su interior, asumiendo que los recursos pertenecían a todos sus integrantes por igual y que el bienestar de sus miembros, en tanto que vivían en el mismo hogar, era equivalente.

Una de las principales aportaciones de las investigaciones feministas ha consistido en el cuestionamiento de esta idea de que la familia es la menor unidad de análisis, puesto que se ignora que los intereses de los diversos integrantes de las familias pueden ser diferentes, incurriendo en *familismo*. Este sesgo, según Eichler (1991: 114), es una forma específica de insensibilidad de género que consiste en tomar a la familia como la unidad de análisis más pequeña, cuando son los individuos quienes en realidad llevan a cabo las acciones objeto de estudio. Como señala esta autora, la utilización de la familia o del hogar como la menor unidad de análisis no siempre es sexista, de hecho, se pueden contabilizar cuántas familias son de un tipo o de otro, o a cuántas familias les afecta un fenómeno determinado. El problema aparece cuando se atribuye a la familia una acción o experiencia que llevan a cabo los individuos que la integran o que afecta de manera diferente a sus miembros. Esto ocurre en el caso que nos ocupa cuando entendemos que los ingresos o los gastos de la familia son la agregación de los ingresos o gastos individuales, puesto que impide conocer quién genera dichos ingresos o quién realiza los citados gastos, quién controla los recursos o quién se beneficia de ellos, entre otras cuestiones.

Al indagar en lo que sucede en el interior de los hogares se dio visibilidad a las dinámicas de poder y desigualdad intrafamiliares y a su conexión con el resto de desigualdades sociales, desapareciendo la visión idealizada de la familia como un reducto de paz y seguridad y rompiendo con la falsa dicotomía público/privado (Thorne y Yalom, 1992). Esta conexión existente entre la esfera pública y la privada es otro de los grandes aportes de la teoría feminista, a partir de ella se redefine el concepto de trabajo, entendiéndolo como tal no solo el trabajo remunerado, sino también el trabajo doméstico y de cuidados realizado mayoritariamente por las mujeres, lo que a su vez lleva al cuestionamiento del modelo de familia tradicional de varón proveedor y mujer ama de casa. Frente a la idea de que son los varones quienes sustentan la familia y la visión de las mujeres como dependientes e improductivas, las teóricas feministas han rescatado, por un lado, el valor del trabajo realizado por las mujeres a lo largo de la historia, particularmente en las familias campesinas y en las familias de clase obrera (Tilly y Scott, 1978; Carrasco, Borderías y Torns, 2011). Y, por otro, reconocen el carácter productivo y socialmente indispensable para el sostenimiento de la vida humana del trabajo que desarrollan las mujeres en el interior del hogar, al tiempo que denuncian la explotación que sufren las mujeres por desempeñar dicho trabajo de forma no remunerada (Dalla Costa y James, 1972; Gardiner, 1975; Molyneux, 1979).

La aplicación de los planteamientos feministas al análisis de la economía doméstica abre nuevas líneas de investigación. Dado que se considera que el hogar no funciona en todos sus aspectos necesariamente como una unidad y que los intereses de las personas que lo componen pueden ser diferentes, surge la necesidad de conocer cómo se distribuyen los recursos entre los diferentes integrantes del hogar, cómo se usan por parte de varones y mujeres, cuál es el poder y la influencia de unas y de otros y en qué

medida la des/igualdad de género en el interior del hogar afecta al bienestar de los diferentes integrantes del mismo. Cuestiones todas ellas que han sido analizadas desde la década de los años sesenta del siglo XX en la literatura especializada (Blood y Wolfe, 1960; Stamp, 1985; Pahl, 1989; Morris, 1990; Stocks, Díaz y Hallerod, 2007).

La progresiva presencia de las mujeres en el mercado laboral y el consiguiente aumento de las parejas de doble ingreso han generado también numerosas investigaciones que han tratado de averiguar si el hecho de que las mujeres tengan ingresos propios produce unas relaciones más igualitarias y si la diferencia de ingresos a favor de los varones y/o de las mujeres transforma su situación familiar (Hertz, 1988; Tichenor, 1999; Dema, 2006; Winslow-Bowe, 2006). Varios estudios muestran, a su vez, la importancia de conocer cómo se gestionan los recursos y cómo se adoptan las decisiones económicas en los hogares, poniendo el acento los más recientes en los procesos de toma de decisiones, no solo en los resultados de los mismos (Vogler y Pahl, 1994; Coria, 1997; Dema, 2009).

A raíz de las importantes transformaciones que están experimentando las familias en las sociedades occidentales se ha desarrollado una línea investigadora centrada en entender el funcionamiento económico de los hogares no convencionales, como los formados por gays y lesbianas (Clarke, Burgoyne y Burns, 2005) y por parejas de hecho (Heimdal y Houseknecht, 2003; Oropesa, Landale, y Kenkre, 2003; Vogler, 2005), así como las prácticas económicas en las primeras etapas de la relación de pareja (Burgoyne, Reibstein, Edmunds y Dolman, 2007) y en caso de segundas nupcias (Burgoyne y Morrison, 1997), entre otros.

Como señala Ferree (2010), uno de los principales desafíos planteados desde la teoría feminista a los estudios sobre familia en la última década consiste en la incorporación de los análisis interseccionales. Este

planteamiento ha abierto nuevas vías investigadoras que no se limitan a la comprensión de las relaciones de género, sino a indagar cómo interactúan tales relaciones con la edad, la etnia, la clase social, la opción sexual, etc., esta propuesta ha dado pie a estudios que prestan atención a las diferencias generacionales, tratando de comprender el comportamiento económico de las personas mayores (Price, 2011), así como el análisis de las prácticas económicas en contextos diferentes a los occidentales, tomando en consideración las diferencias étnicas y/o raciales (Fleming, 1997; Eroglu, 2009; Kusago y Barham, 2001).

Todas estas investigaciones, produciendo sus propios datos, tanto de carácter cuantitativo como cualitativo, han contribuido a ampliar sustancialmente el conocimiento del ámbito de la economía doméstica. Nuestro planteamiento consiste en averiguar si las estadísticas oficiales han aprovechado los avances de las investigaciones mencionadas y han incorporado los hallazgos teóricos y metodológicos que se derivan de las mismas, permitiendo a los/as investigadores/as conocer lo que ocurre en el interior de los hogares. En este artículo haremos hincapié particularmente en las relaciones de género, pero este análisis podría ser aplicable también a la comprensión de las relaciones paterno-filiales, o a las relaciones intergeneracionales, entre otras dinámicas intrafamiliares.

LA SUPUESTA NEUTRALIDAD DE GÉNERO DE LA ENCUESTA DE CONDICIONES DE VIDA Y DE LA ENCUESTA DE PRESUPUESTOS FAMILIARES

En este apartado vamos a analizar en qué medida las dos encuestas objeto de estudio, la Encuesta de Condiciones de Vida y la Encuesta de Presupuestos Familiares, facilitan o, por el contrario, dificultan la investigación

de las relaciones de género que se producen en el interior de los hogares. Ambas encuestas son las principales fuentes oficiales de datos acerca de la distribución de los ingresos y de los gastos que se realizan en los hogares. Hemos analizado la versión de 2010 de ambas encuestas, fundamentalmente por el módulo específico que la Encuesta de Condiciones de Vida dedica a la distribución de los recursos en el hogar.

Para llevar a cabo este estudio hemos revisado los documentos metodológicos de ambas encuestas, así como las recomendaciones que ofrecen el INE y Eurostat para su elaboración y los cuestionarios utilizados para la recogida de datos. En dicho análisis nos hemos centrado en los objetivos de ambas encuestas, en sus fundamentos teóricos y en las concepciones sociológicas subyacentes a su diseño, así como en sus aciertos y en sus potenciales limitaciones para la investigación de las dinámicas que se generan en el interior de los hogares, particularmente en lo que se refiere a las relaciones de género.

La invisibilidad de las desigualdades de género y de las dinámicas intrafamiliares

Como explicamos en el apartado anterior, una de las principales aportaciones de las investigaciones feministas a los análisis de la familia es el cuestionamiento de que esta institución sea la menor unidad de análisis y, por consiguiente, ponen el acento en lo que sucede en el interior del hogar, dando visibilidad a las relaciones entre varones y mujeres.

A la hora de analizar los objetivos de la Encuesta de Condiciones de Vida y de la Encuesta de Presupuestos Familiares no aparece explícita ninguna mención a que sus datos posibiliten el estudio de las dinámicas intrafamiliares ni las relaciones de género. El principal objetivo de la Encuesta de Condiciones de Vida es la producción de información longitudinal a escala nacional y europea sobre la renta y las condiciones de vida de los hogares, incluyendo el nivel y la compo-

sición de la pobreza y la exclusión social. La Encuesta de Presupuestos Familiares, por su parte, se ocupa de registrar los gastos de consumo de los hogares, lo que permite estimar la cuantía del consumo privado en la Contabilidad Nacional, así como el cálculo del IPC. Probablemente, esta falta de consideración de las cuestiones de género responde a unos planteamientos sociológicos, dominantes en el momento en el que se diseñaron ambas encuestas, para los cuales las dinámicas intrafamiliares, particularmente las relaciones entre varones y mujeres, no eran relevantes. Sin embargo, a día de hoy no ofrecer información que permita averiguar lo que ocurre en el interior de los hogares españoles constituye una oportunidad perdida y un obstáculo al avance de las investigaciones sobre familia.

En el caso de la Encuesta de Presupuestos Familiares, como en otras encuestas europeas equivalentes, se considera el hogar como la unidad última de análisis, lo que impide conocer lo que les sucede a cada uno/a de sus integrantes, salvo que el hogar esté formado por una sola persona. Esta encuesta ha sido construida sobre la base del enfoque conocido como «*unitary approach*» o «familismo», una concepción fuertemente criticada por numerosas/os autoras/es, tanto desde planteamientos teóricos como empíricos (Hadad y Kanbur, 1990; Eichler, 1991; Jenkins, 1991; Brines, 1994; entre otras/os). Estas investigaciones no cuestionan que la familia sea una unidad económica, sino que sea la menor unidad de análisis, puesto que se invisibilizan las dinámicas generadas en su interior.

En esta encuesta se produce un fenómeno llamativo. Si bien se registran los gastos que realiza cada uno de los miembros del hogar mayor de 14 años, la información guardada los agrupa y en los microdatos únicamente se ofrecen de forma agregada, impidiendo identificar diferencias y/o similitudes en las pautas de gasto de varones y mujeres. Esto responde al objetivo de la en-

cuesta de ofrecer un panorama macro de los hogares y de no entrar en las dinámicas intrafamiliares. Sin embargo, a partir de la Encuesta de Presupuestos Familiares se ofrecen estimaciones como el gasto medio por persona en determinados bienes y servicios, que se calcula a partir de la suma de los gastos familiares dividido por el número de miembros del hogar. Es decir, que en vez de utilizar los datos reales que se recopilan en la encuesta, se utiliza la presunción de que todas las personas en la familia gastan por igual, incurriendo en un nuevo sesgo sexista, a partir del cual se asume que las decisiones de compra son consensuadas y que los gastos que se realizan en el hogar son equitativos, esto es, que no existen pautas diferenciadas de gasto entre sus miembros. Sin embargo, tal y como se han encargado de demostrar diversas investigaciones, las relaciones de género sí influyen en el comportamiento de gasto de las personas (Coria, 1997; Dema, 2006; Stocks *et al.*, 2007).

La Encuesta de Presupuestos Familiares tiene una orientación macro, un enfoque que por sí mismo no sería problemático si proporcionara también información para analizar cuestiones de carácter microsociológico. Esta encuesta pone el acento en ofrecer datos agregados y elevados poblacionalmente, con el fin de proporcionar estimaciones de gasto para el conjunto de la población, pero no permite conocer las pautas de gasto de varones y mujeres, algo particularmente necesario en el caso de los hogares formados por parejas. Así, por ejemplo, los gastos en transporte se ofrecen agregados para el conjunto del hogar y no podemos diferenciar si el gasto es en carburante o en transporte público, ni tampoco quién realiza dicho gasto. Lo mismo ocurre con el gasto en alimentación, la encuesta permite conocer el gasto del hogar en alimentos, pero no comparar si los varones consumen más o menos que las mujeres en alimentación fuera del hogar, ya que el gasto en restaurantes está agregado a otros gastos vinculados al ocio y tampoco

se especifica si son los varones o las mujeres quienes realizan dichos gastos. Como se puede ver en estos dos ejemplos, los datos macro por sí solos dan una versión demasiado parcial de lo que acontece en los hogares, que sería preciso completar con datos que muestren las dinámicas intrafamiliares y que, por tanto, proporcionen una visión más completa de la economía familiar.

La Encuesta de Condiciones de Vida es un instrumento más avanzado a la hora de producir información que permita conocer lo que sucede en el interior de las familias. Esta encuesta ofrece datos personalizados de todos los miembros del hogar sobre aspectos relacionados con su actividad profesional, la renta que ingresan, su salud y su educación, entre otros. En el análisis de la economía doméstica, y particularmente para conocer las relaciones de género, la información relacionada con lo que ganan las diferentes personas del hogar es clave, ya que a partir de ella se pueden identificar las posibles diferencias o similitudes de ingresos entre hombres y mujeres en los diferentes tipos de hogares y su evolución a lo largo del tiempo. Aun así, la Encuesta de Condiciones de Vida asume en algunos casos que el bienestar y la riqueza se reparte de igual manera entre sus miembros y que todos ellos comparten un mismo estándar de vida. Esta asunción se aprecia en los indicadores no monetarios relativos a las privaciones del hogar. Como han puesto de manifiesto algunas investigadoras feministas al estudiar fenómenos como la pobreza, es fundamental conocer no solo si el hogar es o no considerado pobre, sino también detectar lo que les ocurre a las personas que componen dichos hogares, ya que pueden tener un acceso a los recursos y al bienestar diferente (Cantillon y Nolan, 2001; Cantillon, 2013).

Para corregir este tipo de sesgo que impide la visibilidad de las dinámicas intrafamiliares se podrían plantear varias sugerencias de mejora. Por un lado, sería fundamental que los microdatos que ofrece la EPF permi-

tieran un análisis diferenciado de todos los miembros que integran la familia. Para ello, la encuesta tendría que distinguir entre los gastos de carácter personal y los gastos comunes o familiares; y dentro de los gastos personales, apuntar quién los realiza y cuánto gasta en cada bien o servicio. Algo técnicamente factible y sencillo de hacer, puesto que, como decíamos, la encuesta registra los gastos que se generan en el hogar de forma individualizada.

Por otro lado, en el caso de la ECV nos encontramos ante un sesgo más sutil, puesto que la encuesta sí permite conocer la situación de cada una de las personas que integran las familias, pero, como decíamos, en ocasiones se asume que la riqueza o el bienestar es común para todas ellas. Para evitarlo la encuesta tendría que registrar no solo si el hogar dispone o no de bienes como teléfono móvil, ordenador o coche, sino también la propiedad, el uso y el control de tales bienes, puesto que el que haya un teléfono móvil, un ordenador o un vehículo en el hogar no significa que tales bienes pertenezcan a todos sus integrantes por igual, ni tampoco que todas las personas que viven en un hogar puedan disponer de ellos o utilizarlos de forma similar.

Otra mejora sustancial en las encuestas consistiría en que ambas posibilitaran los análisis dinámicos a lo largo del ciclo de vida de las familias. Esto permitiría constatar los potenciales cambios que pudieran producirse en las pautas económicas cuando los hijos/as se emancipan, las parejas se rompen, sus miembros llegan a la edad de jubilación u otras circunstancias que puedan hacer variar los acuerdos económicos. Para ello, las encuestas sobre economía doméstica deberían registrar cuánto tiempo llevan las parejas casadas o emparejadas, con el fin de conocer si las prácticas de gestión del dinero, uso del mismo y toma de decisiones económicas, entre otras cuestiones, varían con el paso del tiempo. Ambas encuestas nos muestran el número de menores dependien-

tes que viven en el hogar, pero no precisan el número de hijas e hijos que lo han abandonado y en qué momento, ello impide conocer si se modifican o se mantienen las pautas de gasto tras la emancipación de los/as hijos/as o si existen o no diferencias en las pautas de gasto de aquellos hogares que han tenido menores en algún momento y los que no.

La separación entre ingresos y gastos como resultado de la separación entre producción y reproducción

Tanto la economía como la sociología económica han separado tradicionalmente la esfera de la producción y la del consumo. Por un lado, los ingresos como resultado de la actividad remunerada o procedente de otras fuentes ligadas a la producción mercantil y, por otro, los gastos, el consumo. Desde la teoría feminista, sin embargo, se cuestiona esta separación entre producción y consumo, por considerar que responde a una falsa dicotomía, puesto que el consumo de los hogares en muchos casos está vinculado con una actividad productiva o de sostenibilidad de la vida humana clave para la supervivencia.

La Encuesta de Condiciones de Vida y la Encuesta de Presupuestos Familiares se diseñaron desde el planteamiento de esferas separadas, de forma que la información detallada acerca de los ingresos que entran en los hogares se encuentra en la primera y el registro de los gastos en la segunda. Sin duda existen razones técnicas que explicaron en su día esta separación, sin embargo, mantenerla impide analizar de forma conjunta e interrelacionada ambas esferas de la economía doméstica y observar la influencia de los ingresos en los gastos y viceversa.

Por el contrario, al entender producción y consumo como facetas complementarias, como sugieren los planteamientos feministas, adquieren importancia los roles que desempeñan varones y mujeres, en tanto que pueden estar relacionados con sus pautas

de gasto y con los productos que consumen. Algunas investigaciones han encontrado importantes diferencias de género en relación con las inversiones y la asunción de riesgos de tipo económico. De hecho, autoras como Kaye utilizan el concepto «*Sexual transmitted debt*» STD (Kaye, 1997) para referirse a situaciones en las que los varones piden préstamos o usan el crédito por encima de las posibilidades de la familia, transmitiendo la deuda a las mujeres e impidiendo que estas puedan llevar una administración efectiva del dinero. Efectivamente, esta es una cuestión de interés que las encuestas sobre economía doméstica deberían permitir averiguar para el conjunto de la población.

Asimismo, desde un enfoque que analice conjuntamente producción y consumo, el trabajo doméstico debería ser valorado, puesto que puede suponer un ahorro importante para la economía doméstica. Cuando una mujer compra productos para realizar determinadas tareas domésticas, sin percibir por ello contraprestación económica alguna, las encuestas no la consideran productora, al contrario, la consideran consumidora. Sin embargo, adquiriendo determinados productos en el mercado e invirtiendo en ello tiempo y esfuerzo, las mujeres producen en el interior del hogar bienes y servicios que, de no hacerlo, tendrían que comprarse elaborados fuera del hogar a precio de mercado. Dados los ingresos de los que disponen muchos hogares, no parece que estos puedan permitirse el gasto que supondría pagar por la totalidad de su reproducción a precios de mercado. De manera que estamos ante una contribución sustancial, realizada mayoritariamente por las mujeres en el hogar, que las encuestas que se realizan para conocer el funcionamiento de la economía doméstica no tienen en cuenta, una limitación que analizaremos detalladamente en el siguiente apartado.

Para evitar esta separación entre ingresos y gastos se podrían aunar ambas encuestas o bien realizarlas con muestras com-

parables de manera que pudieran mostrar de forma completa los procesos económicos que tienen lugar en el interior de los hogares. Así, podríamos conocer, por ejemplo, si los hogares en los que las mujeres ganan más o tienen la última palabra en la toma de decisiones se endeudan más o menos que el resto de hogares, o si los hogares monoparentales encabezados por mujeres se endeudan más o menos que los encabezados por varones. Aunar ambas encuestas evitaría además la duplicidad que supone realizar dos encuestas para recabar información sobre temas similares, lo que genera un cierto desperdicio de tiempo y recursos³.

En todo caso, incluso manteniendo ambas encuestas, podrían realizarse mejoras sustanciales, sobre todo, en la EPF. La incorporación de información laboral y socioeconómica detallada de todos los integrantes del hogar, no solo sobre la persona considerada sustentadora principal, y el desglose de los gastos para el consumo de bienes de carácter personal, podrían permitirnos conocer si determinados cambios en los roles de género, como la entrada de las mujeres en el mercado laboral, lleva a un incremento de los gastos en bienes para su consumo personal. O si dicha circunstancia genera transformaciones en el consumo del hogar, por ejemplo, el aumento del gasto en servicios de carácter no duradero destinados al ahorro de tiempo (comidas fuera del hogar, servicios de lavandería, guardería, etc.), entre otras cuestiones.

La falta de consideración y de cómputo del trabajo doméstico y de cuidados

A pesar de que desde hace varias décadas la teoría feminista reivindica la consideración

³ Además de tratar sobre temas similares, ambas encuestas recogen información similar tanto en lo que se refiere a datos personales básicos de cada miembro del hogar como a datos referidos a la composición del hogar, a la vivienda y a los gastos relacionados con la vivienda.

del trabajo doméstico y de cuidados no remunerado como trabajo (Reid, 1934; Dalla Costa y James, 1972; Gardiner, 1975; Molyneux, 1979), una de las principales limitaciones de la Encuesta de Condiciones de Vida y de la Encuesta de Presupuestos Familiares es precisamente la falta de información acerca del trabajo doméstico y de cuidado (no remunerado) realizado en el ámbito del hogar.

Indudablemente, no contabilizar el trabajo doméstico y de cuidado supone una visión limitada de la actividad económica que realizan las familias, que cabe pensar que perjudica a las mujeres, al ser ellas quienes mayoritariamente realizan este trabajo, como nos muestran las sucesivas Encuestas de Empleo del Tiempo realizadas en nuestro país (2002-2003 y 2009-2010). Por ejemplo, las criaturas en sus primeros años de edad tienen un consumo muy elevado no solo de recursos monetarios, sino también de recursos no monetarios, en forma de cuidados, que si se realizan en el interior del hogar de forma gratuita no computan en las encuestas a las que nos referimos, pero que si se realizan de forma profesionalizada sí computan. De esta manera, se ignora que el cuidado que se realiza en los hogares conlleva la utilización de una serie de recursos, sobre todo en forma de trabajo y tiempo, que impide que quienes lo realizan puedan dedicarse a otras actividades (trabajo remunerado, actividades de tiempo libre, etc.), al tiempo que se refuerza el estereotipo de mujer consumidora en vez del de productora, puesto que se contabiliza lo que se compra para producir comida, limpieza, cuidados, pero no se valoran dichas actividades ni el ahorro que representa para el hogar.

La Encuesta de Condiciones de Vida y la Encuesta de Presupuestos Familiares se centran en contabilizar las cuestiones monetarias relacionadas con los ingresos y con los gastos (salarios, gastos corrientes del hogar, gasto en vacaciones, ahorro, etc.), y en menor medida recogen cuestiones no monetarias (salario en especie, comidas gratuitas,

vehículo de empresa, etc.). Al no dar valor monetario a las actividades domésticas y de cuidado, ofrecen una imagen muy descompensada a favor de los varones, situándolos como los principales sustentadores económicos de la familia. Efectivamente, si solo tomamos los datos de ingresos de la Encuesta de Condiciones de Vida, los varones aportan un porcentaje mayor de ingresos al hogar, por una parte, debido a que la tasa de actividad masculina es superior a la femenina y, por otra, debido a que en los hogares aparece reflejada la brecha salarial que se produce en el mercado de trabajo (Díaz, Dema y Finkel, 2015).

Desde las encuestas de uso del tiempo y de las cuentas satélite de la producción doméstica se ha hecho un intento por contabilizar y valorar el trabajo doméstico y de cuidados, la incorporación de esta información a las encuestas sobre economía doméstica conlleva varias ventajas. Por un lado, permitiría conocer la totalidad de la contribución económica de varones y mujeres a las familias, puesto que dicha contribución no tiene que ver exclusivamente con los ingresos, que es lo que computan dichas encuestas a día de hoy, sino en buena medida con el trabajo doméstico y de cuidado, de ahí la importancia de conocer quién realiza tales tareas, cuánto tiempo dedica a ellas y qué valor económico tienen. Por otro lado, se podrían cuantificar tanto los gastos asociados al trabajo no remunerado como el potencial ahorro que genera para el hogar la actividad no remunerada que se realiza en su interior. Y finalmente, podríamos saber si las diversas formas de organización del trabajo doméstico y de cuidados varían en función de las diferencias en los ingresos de varones y mujeres. Si la EPF y la ECV contabilizaran el valor monetario del trabajo no remunerado realizado por varones y mujeres podríamos averiguar si el reparto equitativo de tareas o la externalización de determinados servicios de cuidado tiene que ver o no con los ma-

yores ingresos femeninos o con la menor diferencia de ingresos entre los miembros de las parejas, entre otras cuestiones. Todo ello ofrecería una imagen más adecuada de lo que sucede en la economía doméstica que el mero cómputo de ingresos y gastos, realizado por la ECV y la EPF respectivamente.

Es frecuente que cuando se plantea contemplar y dar valor al trabajo no remunerado se esgrima como argumento la dificultad técnica de dar un precio a servicios que no pasan por el mercado. Efectivamente, contabilizar y valorar el trabajo doméstico o de cuidados no está exento de dificultades (Carrasco *et al.*, 2004: 88-93). Uno de los principales problemas planteado por las/os expertas/os consiste en diferenciar entre aquellas actividades que pueden ser consideradas como trabajo y las que no lo son, algunas de ellas difíciles de categorizar, dado que implican relaciones emocionales vinculadas con los afectos. Asimismo, buena parte del trabajo doméstico se realiza llevando a cabo de manera simultánea diversas actividades, lo que dificulta su medida. El propio método de valoración del trabajo doméstico sería otra cuestión controvertida⁴. Algunas/os autoras/es entienden que habría que definir y valorar el trabajo de cuidados desde sus propias características y no tomando como referente el mercado, puesto que dicho trabajo se realiza desde un contexto social y emocional diferente al del trabajo remunerado y satisface necesidades personales y sociales que no permiten una simple sustitución

con producción de mercado (Carrasco *et al.*, 2004: 101).

A pesar de las dificultades asociadas a la valoración de actividades no mercantiles, tanto la Encuesta de Condiciones de Vida como la Encuesta de Presupuestos Familiares otorgan valor de mercado a algunos consumos no monetarios, como los bienes producidos para autoconsumo, el salario en especie, el vehículo de empresa, las comidas gratuitas o bonificadas efectuadas en el lugar de trabajo, etc. Se podría utilizar tanto esta metodología como las desarrolladas en las encuestas de uso del tiempo para elaborar una forma de valorar el trabajo doméstico y de cuidados.

La pervivencia del «rol proveedor» y la invisibilidad de nuevos roles y nuevos tipos de hogares

Como se ha explicado anteriormente, las investigaciones feministas de la familia, por una parte, cuestionan la idea tradicional de que los varones son los principales proveedores del hogar y, por otra, tratan de entender el funcionamiento económico de los hogares no convencionales. Las encuestas que estamos analizando plantean dos problemas en estos ámbitos, en primer lugar, la Encuesta de Presupuestos Familiares mantiene el concepto de sustentador/a principal del hogar, y en segundo lugar, tanto la Encuesta de Condiciones de Vida como la Encuesta de Presupuestos Familiares carecen de tamaño muestral suficiente para analizar buena parte de los nuevos modelos familiares.

La presencia del concepto de persona sustentadora principal en la Encuesta de Presupuestos Familiares responde a una arraigada tradición en este tipo de encuestas que comparten una visión muy convencional y cada día más obsoleta de familia con un varón proveedor y una mujer ama de casa, un modelo que va perdiendo presencia numérica tanto en España como en el resto de países occidentales. Según los datos de la

⁴ En las investigaciones sobre usos del tiempo se han utilizado dos tipos de métodos, los basados en el *output* y los basados en los *inputs*. Con el primer método, se asigna al bien o servicio que se realiza en el hogar un precio análogo al que se pagaría por un bien o servicio similar en el mercado, descontando los bienes, suministros o materias primas utilizados para su producción. Con el segundo, se utiliza una tasa salarial, esto es, cuánto costaría contratar a una persona para realizar una actividad dada (Carrasco *et al.*, 2004: 92).

Encuesta de Condiciones de Vida, este tipo de hogares representan en nuestro país el 30% de los formados por parejas, mientras que el 68% corresponden a parejas de doble ingreso y en el 2% restante es la mujer la única que recibe ingresos (Díaz, Dema y, Finkel, 2015).

La elección de la persona sustentadora del hogar en la Encuesta de Presupuestos Familiares es controvertida, dado que no se sigue un criterio objetivo, sino que quien rellena la «ficha de hogar» decide quién es en su familia la llamada persona sustentadora⁵. Esto es, no se contrastan los ingresos de cada uno de los miembros del hogar, sino que quien informa al encuestador o encuestadora acerca de la composición del hogar decide quién es la persona sustentadora principal, con el criterio de quién tiene mayores ingresos. Esto puede generar un sesgo en la recogida de información, de hecho, en el 20% de los hogares en los que la mujer tiene más ingresos que su pareja, quien rellena la ficha mencionada atribuye la etiqueta de sustentador principal al varón. La explicación podría ir en la línea de lo que apuntan algunos estudios de carácter cualitativo, que han observado que en los hogares en los que conviven parejas se ponen en marcha estrategias para mantener el estatus de sustentador principal de los varones (Potuchek, 1997; Dema, 2006).

Por otra parte, y aunque quien rellene este cuestionario trate de hacerlo de forma no sesgada por criterios sexistas, cada vez hay más casos de parejas de doble ingreso

con ingresos similares, por lo que resulta muy difícil decidir quién es el proveedor principal. De hecho, más allá de quién dice que ingresa más y quién lo hace realmente, cabe preguntarse hasta qué punto en las parejas de doble ingreso existe un salario principal. La idea de sustentador principal viene ligada a la consideración de que el hogar se mantiene con la aportación mayoritaria de un ingreso y que el ingreso del otro miembro de la pareja, en caso de existir, supone un ingreso extra y prescindible. Sin embargo, en la sociedad actual, cada vez más, ambos salarios son indispensables para garantizar el bienestar familiar.

La segunda cuestión que tenemos que abordar en este apartado está en relación con el tratamiento de los hogares no convencionales en las encuestas sobre economía doméstica. Debido a los cambios familiares que están experimentando las sociedades contemporáneas, la composición de los hogares es cada vez más variada y el modelo tradicional de familia nuclear con varón proveedor y mujer ama de casa pierde fuerza ante otras formas de convivencia como los hogares de doble ingreso, los hogares monoparentales, los formados por parejas homosexuales, los hogares en los que conviven parejas sin estar casadas, los unipersonales, los hogares reconstituidos, con sus frecuentes cargos o ingresos económicos externos, y otras formas de convivencia.

Las encuestas estudiadas permiten comparar hogares de un ingreso y de doble ingreso, así como hogares unipersonales formados por un varón o por una mujer, sin embargo, no disponen de un tamaño muestral suficiente para hacer análisis detallados sobre los hogares monoparentales (2,4% en la ECV y 2% en la EPF), parejas homosexuales (0,2% en la ECV y menos del 0,1% en la EPF), parejas no casadas (10,8% de las parejas heterosexuales en la ECV y 12,3% en la EPF), hogares reconstituidos formados por personas en segundas nupcias, etc. Al impedir la comparación entre hogares convencio-

⁵ En esta encuesta se rellenan varios cuestionarios, uno de ellos es la «ficha de hogar», en la que se registra a las personas que viven en el hogar y sus datos biográficos básicos (fecha de nacimiento, sexo, nacionalidad, estado civil y relaciones de parentesco), también se identifica a las personas ausentes, así como al sustentador principal. Se recoge información acerca de la trayectoria laboral de la persona sustentadora principal, y, por último, se plantean una serie de preguntas acerca de los ingresos de las diferentes personas que integran el hogar.

nales y no convencionales, las encuestas no permiten determinar los posibles cambios que se podrían estar produciendo en la consideración del dinero en los diferentes tipos de hogares, o las nuevas formas de gestión económica y de toma de decisiones asociadas a estos nuevos modelos de convivencia.

A modo de ejemplo, la literatura especializada muestra que para evitar posibles conflictos generados por el dinero, en las familias reconstituidas es frecuente que una parte del mismo se mantenga separada, de manera que en este tipo de familia habría menos comunidad económica que en las que se forman por primera vez (Burgoyne y Morrison, 1997). Para poder contrastar esta información a gran escala, sería necesario que las encuestas no solo registraran el volumen de las transferencias enviadas a otros hogares (como ya hace la EPF) y recibidas de otros hogares (como hace la ECV) y el estado civil actual, sino que también preguntaran por la existencia de parejas previas y de qué tipo, así como sobre los acuerdos económicos formales o informales que pueden estar vigentes respecto a las transferencias económicas, el reparto del cuidado de personas dependientes u otras formas de relación económico-afectiva.

PUESTA AL DÍA DE LAS ENCUESTAS OFICIALES: EL MÓDULO DE 2010 DE LA ENCUESTA DE CONDICIONES DE VIDA SOBRE «DISTRIBUCIÓN DE LOS RECURSOS DENTRO DEL HOGAR»

En 2010 se ha incluido en la Encuesta de Condiciones de Vida el módulo sobre «Distribución de los recursos dentro del hogar». Este módulo es especialmente interesante para el tema que nos ocupa y supone un avance sustancial en la producción de datos que permitan el análisis de las principales dinámicas intrafamiliares, en tanto que en su diseño incorpora buena parte de los hallazgos de las investigaciones sobre eco-

nomía doméstica anteriormente mencionados.

En el *cuestionario del hogar* de la encuesta se plantean algunas preguntas relacionadas con la propiedad y con la gestión del dinero en el hogar. Así, se pregunta si el dinero que se recibe en el hogar es considerado común o privativo de quien lo gana y quién es la persona o personas responsable/s de gestionar la economía del hogar. Estas preguntas tan sencillas proporcionan un tipo de información muy valiosa para conocer cómo funcionan las economías domésticas y nos permiten identificar los modelos de gestión que autoras como Vogler y Pahl (1994) han descrito en sus investigaciones⁶.

En los *cuestionarios individuales* de la encuesta este módulo incorpora preguntas acerca de la contribución de cada persona a los ingresos del hogar, su acceso a las cuentas bancarias, su capacidad para decidir sobre gastos para su propio consumo y para sus actividades de ocio, para decidir sobre gastos relacionados con menores (en el caso de que haya menores en el hogar), la duración de la convivencia de la pareja (en el caso de que exista tal forma de relación en el hogar) y la toma de decisiones. Estos temas, particularmente la toma de decisiones, son muy relevantes para conocer las dinámicas que se generan en las familias en relación con su comportamiento económico y suponen un gran avance, ya que por primera vez se ofrece información no solo generalizable a la población de un país, sino que per-

⁶ Nos referimos al «*joint pooling system*» o modelo de gestión y administración conjunta del dinero que se recibe en el hogar, el «*male whole wage system*» o sistema de administración del dinero por parte del varón, el «*female whole wage system*» o administración del dinero por la mujer, el «*housekeeping allowance system*» o sistema de administración de la cantidad asignada para el funcionamiento del hogar y el «*independent management system*» o modelo de gestión separada, en el que tanto el varón como la mujer gestionan su propio dinero de forma autónoma.

mite la comparación de los 27 países de la Unión Europea.

Sin ignorar el potencial del módulo, tal y como está formulado, hay al menos tres aspectos que podrían ser ampliados. Por un lado, las preguntas del mismo ofrecen información limitada acerca del resultado de la toma de decisiones y no entran en el proceso a través del cual se toman esas decisiones, siendo este un objeto de estudio especialmente relevante no solo para conocer cómo funciona la economía doméstica, sino también las relaciones de género en las parejas (Dema, 2009). Siguiendo a esta autora habría que diferenciar al menos tres tipos de procesos negociadores. En primer lugar, un modelo convencional en el que no hay negociación puesto que varones y mujeres asumen las decisiones en función de los tradicionales roles de género, los varones encargándose de las grandes decisiones y las mujeres de las decisiones cotidianas. En segundo lugar, un modelo en el que se negocia pero no se logra el consenso, puesto que varones y mujeres no se encuentran en condiciones de igualdad a la hora de negociar. Y, por último, un modelo igualitario en el que varones y mujeres negocian en condiciones de igualdad y buscan activamente el consenso, actuando libremente a la hora de proponer iniciativas y tratando de conciliar los deseos e intereses de ambos.

Por otro lado, el módulo tampoco incorpora preguntas que permitan analizar el significado del dinero para las personas entrevistadas, ni cómo se desarrolla la gestión y el uso del dinero en los hogares. Estas son cuestiones complejas y sutiles sobre las que diversas investigaciones cualitativas han puesto el acento (Coria, 1991; Zelizer, 1997; Stocks *et al.*, 2007) y que podrían dar pie al diseño de nuevas preguntas para incorporar a los cuestionarios. Por ejemplo, en el módulo se podría preguntar sobre la percepción del significado del dinero para cada uno de los miembros de la pareja, tanto del dinero que reciben cada uno/a de ellos/as como del

dinero que recibe el otro o la otra. Se podría hacer referencia a los conflictos que pueden generarse en el interior del hogar por el hecho de que los varones ganen más que las mujeres o que, por el contrario, las mujeres ganen más que los varones. Asimismo, se podría averiguar si para evitar los conflictos de carácter económico se excluyen de la agenda familiar determinados ámbitos y quién los excluye, o cómo actúan varones y mujeres cuando se genera una colisión entre los intereses individuales y los familiares, entre otras cuestiones.

Respecto al manejo de las cuentas bancarias, la información que proporciona el módulo es muy limitada, solo se pregunta a la persona si está autorizada para acceder a alguna cuenta bancaria. Esta cuestión, así como el uso del dinero de plástico, está siendo objeto de estudio por una de las principales investigadoras en economía doméstica, Jan Pahl. Esta autora entiende que tanto la utilización de tarjetas de crédito como la utilización del teléfono o Internet para gestionar las cuentas bancarias está alterando la forma en la que las parejas gestionan el dinero. De hecho, en sus investigaciones ha constatado que con estas formas de gestión electrónica se hacen más operaciones sin consultar a la pareja, pero también ha encontrado nuevas formas de desigualdad, en tanto que los varones usan más el dinero de plástico que las mujeres y tienden a acceder en mayor medida a las nuevas tecnologías y, por tanto, a la gestión de las cuentas bancarias a través de Internet (Pahl, 1999). Ante la relevancia social que tienen las nuevas tecnologías convendría que las encuestas sobre economía doméstica empezaran a ofrecer datos que permitieran averiguar a gran escala si existen o no diferencias de género en el uso del dinero electrónico.

Y, por último, los módulos no se realizan anualmente como el resto de la encuesta, sino que los datos se recogen como mucho cada cuatro años e incluso puede que este

módulo no se vuelva a repetir. Esto nos impide disponer de información periódica sobre estas cuestiones y, por tanto, imposibilita el análisis de las potenciales transformaciones que se pudieran producir en los hogares a lo largo del tiempo.

CONCLUSIONES

El principal inconveniente de realizar encuestas como la Encuesta de Presupuestos Familiares o la Encuesta de Condiciones de Vida, entre otras, sin tener en cuenta las investigaciones que han cuestionado sus sesgos sexistas es que se devuelve a la sociedad una descripción de sí misma limitada y poco rigurosa. Ello es particularmente problemático porque son encuestas —por lo demás— minuciosas, detalladas y se aplican a una población muy numerosa.

Las autoridades y el personal técnico que elaboran dichas encuestas están empezando a tener en cuenta algunas de las críticas que se han ido realizando desde la perspectiva de género. De las dos encuestas analizadas en este artículo, la EPF se encuentra en un estadio muy inicial, de manera que hoy en día no permite comparar las pautas de gasto de varones y mujeres en el interior de los hogares (salvo en el caso de los hogares unipersonales). La Encuesta de Condiciones de Vida está en un estadio más avanzado y, sobre todo, el módulo sobre «Distribución de los recursos en el interior del hogar» de 2010 permite conocer algunas cuestiones muy relevantes acerca del funcionamiento de la economía de los hogares y de las diferencias de género que se producen en su interior. Sin embargo, para lograr una mejor aproximación a la economía de los hogares con estas encuestas convendría llevar a cabo, en las mismas, algunos cambios, tanto conceptuales como de carácter metodológico.

En primer lugar, es fundamental que las encuestas rompan con la concepción de que

la familia es la menor unidad de análisis posible y sean capaces de mostrar las pautas de gasto individualizadas de varones y mujeres. Asimismo, es preciso generar información a gran escala sobre los modelos de gestión y administración del dinero en el interior de los hogares y sobre la toma de las decisiones económicas, aspectos fundamentales para comprender las dinámicas que se producen en el interior de los hogares. Estos fenómenos se abordan, al menos parcialmente, en el módulo 2010 de la Encuesta de Condiciones de Vida «Distribución de los recursos dentro del hogar», sin embargo, como ya explicamos anteriormente, convendría profundizar sobre estas cuestiones y ofrecer esta información de forma sistemática y periódica.

En segundo lugar, puesto que ingresos y gastos constituyen dos caras de una misma realidad, convendría mostrar el vínculo entre ambas esferas, esto es, en qué medida los ingresos de cada uno de los miembros del hogar condicionan las pautas de gasto familiares e individuales. Una única encuesta que incorporara ambos aspectos resultaría muy útil para quienes investigamos dichas cuestiones, también sería más larga, sin embargo, se ahorrarían costes y esfuerzos al evitar duplicaciones innecesarias. En el caso de que técnicamente no fuera recomendable, se podrían elaborar ambas encuestas con muestras comparables.

En tercer lugar, no podemos seguir ignorando el trabajo doméstico y de cuidado en las encuestas y estadísticas oficiales. En la Encuesta de Condiciones de Vida y en la Encuesta de Presupuestos Familiares convendría valorar el trabajo doméstico y de cuidado que se realiza en los hogares, cuánto tiempo se dedica al mismo y quién lo lleva a cabo, así como los gastos asociados a dicho trabajo y el potencial ahorro que supone. Si no lo hacemos, y nos centramos exclusivamente en el análisis de los ingresos monetarios, estamos trasladando a la sociedad la imagen errónea de que los

varones son quienes más aportan a la economía familiar.

En cuarto lugar, los cambios sociales que ha experimentado no solo la sociedad española, sino también el resto de países de nuestro entorno, hacen cada vez más necesario que las encuestas sobre economía doméstica ofrezcan información regular acerca de las prácticas de quienes conviven en formas familiares menos convencionales (gais y lesbianas, parejas de hecho, segundas nupcias, hogares en los que las mujeres ganan más que los varones, etc.). En la literatura científica, como explicamos anteriormente, se sugiere que las prácticas económicas de estos hogares son diferentes a las de los hogares convencionales, pero desafortunadamente las encuestas estudiadas no cuentan con una muestra suficiente para analizarlas.

Finalmente, en un mundo globalizado como en el que vivimos, las relaciones familiares no quedan al margen de los procesos de interrelación a escala planetaria. Las investigaciones comparadas son clave para poder entender el contexto global. Afortunadamente, la Encuesta de Condiciones de Vida, al ser una encuesta armonizada con las de los demás países de la Unión Europea, y la Encuesta de Presupuestos Familiares, al seguir las recomendaciones de Eurostat, permiten en buena medida la comparación entre los hogares europeos. El reto ahora consiste en garantizar que las encuestas, no solo las europeas, sean cada vez más comparables a escala global e incluyan la perspectiva de género.

BIBLIOGRAFÍA

Becker, Gary (1987) [1981]. *Tratado sobre la familia*. Madrid: Alianza Editorial.

Blood, Robert, y Wolfe, Donald (1960). *Husbands and Wives: The Dynamics of Married Living*. New York: Free Press.

Brines, Julie (1994). «Economic Dependency, Gender, and the Division of Labor at Home». *American Journal of Sociology*, 100: 652-688.

Burgoyne, Carole B.; Reibstein, Janet; Edmunds, Anne y Dolman, Valda (2007). «Money Management Systems in Early Marriage: Factors Influencing Change and Stability». *Journal of Economic Psychology*, 28: 214-228.

— y Morrison, Victoria (1997). «Money in Remarriage: Keeping Things Simple and Separate». *Sociological Review*, 45(3): 363-395.

Cantillon, Sara (2013). «Measuring Differences in Living Standards Within Households». *Journal of Marriage and Family*, 75(3): 598-610.

— y Nolan, Brian (2001). «Poverty within Households: Measuring Gender Differences Using Non-monetary Indicators». *Feminist Economics*, 7(1): 5-23.

Carrasco, Cristina; Borderías, Cristina y Torns, Teresa (2011) (eds.). *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*. Madrid: Catarata.

—; Mayordomo, Maribel; Domínguez, Màrius y Alabart, Anna (2004). *Trabajo con mirada de mujer*. Madrid: Consejo Económico y Social.

Clarke, Victoria; Burgoyne, Carole y Burns, Maree (2005). «For Love or Money? Comparing Lesbian and Gay, and Heterosexual Relationships». *The Psychologist*, 18(6): 356-358.

Coria, Clara (1991). *El sexo oculto del dinero*. Barcelona: Ediciones Paidós.

— (1997). *Las negociaciones nuestras de cada día*. Barcelona: Ediciones Paidós.

Dalla Costa, Mariarosa y James, Selma (1972). *The Power of Women and the Subversion of the Community*. London: Butler and Tanner.

Dema Moreno, Sandra (2006). *Una pareja, dos salarios. El dinero y las relaciones de poder en las parejas de doble ingreso*. Madrid: CIS.

— (2009). «Behind the Negotiations: Financial Decision-making Processes in Spanish Dual-income Couples». *Feminist Economics*, 15(1): 27-56.

Díaz Martínez, Capitolina y Dema Moreno, Sandra (2013). «Metodología no sexista en la investigación y producción del conocimiento». En: Díaz, C. y Dema, S. (eds.). *Sociología y Género*. Madrid: Tecnos.

—; — y Finkel, Lucila (2015). «Desigualdades de género en la distribución de recursos económicos

- en las parejas españolas». *Papers*, 100 (1): Próxima publicación
- Durán, María Ángeles (2000). *La contribución del trabajo no remunerado a la economía española: alternativas metodológicas*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Eichler, Margrit (1991). *Non-sexist Research Methods*. London: Routledge.
- Eroglu, Sebnem (2009). «Patterns of Income Allocation among Poor *Gecekondu* Households in Turkey: Overt Mechanisms and Women's Secret Kitties». *The Sociological Review*, 57(1): 58-80.
- Ferree, Myra Marx (2010). «Filling the Glass: Gender Perspectives on Families». *Journal of Marriage and Family*, 72: 420-439.
- Fleming, Robin (1997). *The Common Purse: Income Sharing in New Zealand Families*. Auckland: Auckland University Press, Bridget Williams Books.
- Gardiner, Jean (1975). «Women's Domestic Labor». *New Left Review*, 89: 47-57.
- Haddad, Lawrence y Kanbur, Rabi (1990). «How Serious is the Neglect of Intra-household Inequality?». *The Economic Journal*, 100: 866-881.
- Heimdal, Kristen R. y Houseknecht, Sharon K. (2003). «Cohabiting and Married Couples' Income Organization: Approaches in Sweden and the United States». *Journal of Marriage and Family*, 65: 525-538.
- Hertz, Rosanna (1988). *More Equal than Others*. Berkeley: University of California Press.
- Jenkins, Stephen P. (1991). «Poverty Measurement and the Within-household Distribution: Agenda for Action». *Journal of Social Policy*, 20: 457-483.
- Kaye, Miranda (1997). «Equity's Treatment of Sexually Transmitted Debt». *Feminist Legal Studies*, 1: 35-55.
- Kusago, Takayoshi y Barham, Bradford (2001). «Preference Heterogeneity, Power and Intra-household Decision-Making in Rural Malaysia». *World Development*, 29(7): 1237-1256.
- Molyneaux, Maxine (1979). «Beyond the Domestic Labour Debate». *New Left Review*, 116: 3-27.
- Morris, Lydia (1990). *The Workings of the Household*. Cambridge: Polity Press.
- Nicolás Lazo, Gemma (2009). «Debates en epistemología feminista: del empiricismo y el standpoint a las críticas postmodernas sobre el sujeto y el punto de vista». En: Nicolás Lazo, G. y Bodelón González, E. (coords.). *Género y dominación: críticas feministas del derecho y el poder*. Barcelona: Anthropos.
- Oropesa, R. S.; Landale, Nancy S. y Kenkre, Tanya (2003). «Income Allocation in Marital and Cohabiting Unions». *Journal of Marriage and Family*, 65: 910-926.
- Pahl, Jan (1989). *Money and Marriage*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- (1999). *Invisible Money: Family Finances in the Electronic Economy*. Bristol: Policy Press.
- Parsons, Talcott y Bales, Robert F. (1955) (eds.). *Family, Socialization and Interaction Process*. Illinois: Free Press.
- Picchio, Antonella (1996). *The Analytical and Political Visibility of the Work of Social Reproduction*. Background papers for the Human Development Report. New York: UNDP.
- Potuchek, Jean (1997). *Who Supports the Family? Gender and Breadwinning in Dual-earner Families*. Stanford: Stanford University Press.
- Price, Debora (2011). «Behind Closed Doors: Older Couples and the Management of Household Money». ESRC research grant RES-061-25-0090. London: Institute of Gerontology, Kings College London.
- Reid, Margaret (1934). *Economics of Household Production*. New York: John Wiley.
- Stamp, Peggy (1985). «Balance of Financial Power in Marriage: An Exploratory Study of Breadwinning Wives». *Sociological Review*, 33(3): 546-557.
- Stocks, Janet; Díaz Martínez, Capitolina y Halleröd, Björn (2007) (eds.). *Modern Couples Sharing Money, Sharing Life*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Thorne, Barrie y Yalom, Marilyn (1992) (eds.). *Rethinking the Family. Some Feminist Questions*. New York, London: Longman.
- Tichenor, Veronica (1999). «Status and Income as Gendered Resources: The Case of Marital Power». *Journal of Marriage and the Family*, 61 (3): 638-650.
- Tilly, Louise y Scott, Joan W. (1978). *Les femmes, le travail et la famille*. Paris: Rivage.
- United Nations Economic Commission for Europe (2010). *Developing Gender Statistics: A Practical Tool*. Genève: Naciones Unidas.
- Vogler, Carolyn (2005). «Cohabiting Couples: Rethinking Money in the Household at the Beginning

- of the 21st Century». *Sociological Review*, 53(1): 1-29.
- y Pahl, Jan (1994). «Money, Power and Inequality within Marriage». *Sociological Review*, 42(2): 263-288.
- Winslow-Bowe, Sarah (2006). «The Persistence of Wives' Income Advantage». *Journal of Marriage and Family*, 68: 824-842.
- Zelizer, Viviana A. (1997). *The Social Meaning of Money*. Princeton: Princeton University Press.

RECEPCIÓN: 06/08/2013

REVISIÓN: 19/11/2013

APROBACIÓN: 09/01/2014

Gender Bias in Official Surveys on Household Economics

Los sesgos de género en las encuestas oficiales sobre economía doméstica

Sandra Dema Moreno and Capitolina Díaz Martínez

Key words

- Money
- Economy
- Surveys
- Gender
- Home
- Research
- Methodology
- Housework

Palabras clave

- Dinero
- Economía
- Encuestas
- Género
- Hogar
- Metodología de la investigación
- Trabajo doméstico

Abstract

The purpose of this article is to demonstrate the extent to which official surveys on household economics offer insight on the economic dynamics of households and specifically, the similarities and differences between men and women in regard to household economics. We present the results of a study examining methodological documents and questionnaires used for data collection for the Statistics on Income and Living Conditions (EU-SILC) and the Household Budget Survey (HBS), the two principal Spanish surveys on domestic economics. Analyses revealed the theoretical and methodological biases underlying the design of these two surveys, as well as data gaps and limitations occurring in their design and in the statistical analyses carried out based on their data.

Resumen

El objetivo de este artículo es mostrar en qué medida las encuestas oficiales sobre economía doméstica permiten conocer las dinámicas económicas que se generan en el interior de los hogares y, en particular, las similitudes y diferencias en los ingresos y gastos de mujeres y hombres dentro de los diferentes tipos de hogares. Presentamos los resultados de una investigación en la que se revisaron los documentos metodológicos y los cuestionarios utilizados para la recogida de datos de la Encuesta de Condiciones de Vida (ECV) y de la Encuesta de Presupuestos Familiares (EPF), las dos principales encuestas españolas sobre economía doméstica. El estudio revela los sesgos teóricos y metodológicos que subyacen al diseño de ambas encuestas al ser analizadas desde la perspectiva de género, así como los vacíos de información y las limitaciones de las mismas y de los análisis estadísticos que se pueden llevar a cabo a partir de sus datos.

Citation

Dema Moreno, Sandra and Díaz Martínez, Capitolina (2014). "Gender Bias in Official Surveys on Household Economics". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 148: 21-38. (<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.148.21>)

Sandra Dema Moreno: demasandra@uniovi.es | Universidad de Oviedo
Capitolina Díaz Martínez: capitolina.diaz@uv.es | Universidad de Valencia

INTRODUCTION¹

Few tools, if any, offer as much information on household economic activities as the Spanish Statistics on Income and living Conditions (Spanish EU-SILC from now on) and the Household Budget Survey (Spanish HBS from now on). The EU-SILC, conducted annually, examines 13,000 Spanish households while the HBS, also an annual survey, considers over 22,000 homes. The Spanish EU-SILC offers detailed information on all members of the household, revealing basic personal information such as sex, age, marital status or nationality, their relationship with other household members, level of education, working conditions and income of those individuals living together under the same roof. It also provides information on households such as housing, type and tenure (property, rental, transfer), living conditions (number of rooms, sanitary conditions, noise or violence in the neighborhood), fixtures and fittings, the physical and social environment, where it is located, expenses generated by the home, income, and issues related to social exclusion such as delayed payments or poverty, etc.

The Spanish HBS, on the other hand, also offers biographical information on all of the household members (age, sex, education, nationality and activity, whether they receive

an income and their amount). However, it identifies one individual as the primary breadwinner and offers detailed information on their working conditions and socio-economic situation, without including this information for the other household members. Thus, the survey collects information on household composition, housing characteristics (tenure regime, type, size, location, etc.) and household consumption expenses. These expenses include both monetary expenses, incurred to pay for specific consumer goods and services, as well as non-monetary expenses including salary in other beneficiary terms such as free meals or imputed housing rent, etc.

Both of these tools offer information that is necessary in order to determine the distribution of household income and expenses, as well as living and social exclusion conditions. However, until the recent inclusion of the 2010 module on "Intra-Household Sharing of Resources in EU-SILC", economic dynamics occurring within the households were not revealed; more specifically, it was unknown whether or not differences existed between men and women in regards to expenses incurred, the economic household decision-making processes, resource management and how these factors affect the economic well-being of family members.

For decades, feminist theory has criticized the sexist biases found in official surveys and statistics. However, the organisms responsible for creating these surveys and statistics have not always responded to these criticisms, merely recommending the breakdown of the data based on gender. At the first World Conference on Women (Mexico 1975), it was agreed that gender-based statistics must be disaggregated by sex in order to determine whether or not male and female positions on the analyzed parameters is the same, and if not, in order to determine how these positions differed. But implementation of the same in the official statistics of many countries has been a slow process and in some countries, such as Spain, it has only

¹ This article was created within the framework of the research study "*Los presupuestos familiares desde la perspectiva de género: Análisis no sexista de la Encuesta de Presupuestos Familiares y de la Encuesta de Condiciones de Vida* (Family budgets from a gender perspective: A non-sexist analysis of the Household Budget Survey and the Statistics on Income and Living Conditions)", (CSO2008-05182) financed by the National R&D&i Plan (2008-2011) of the Ministry of Education and Science, and also by the Council of Education and Science of the Principality of Asturias (FC09COF0922). An earlier version of this article was presented at the XI Spanish Congress on Sociology "Crisis and Change: Sociology proposals" and at the IV Congress on Feminist Economy, both held in 2013. We wish to thank the reviewers for their valuable comments and recommendations which have served to improve the article.

begun to be progressively carried out over the past decade, and is yet to be fully implemented.

Although disaggregated by sex information is the minimal requirement, it is not sufficient on its own, since data is the result of studies, hypotheses, questions, their answers and statistical analysis. Therefore, in any data-producing process that does not systematically apply the gender perspective, every process step, regardless of whether the applied technique reveals or hides gender differences, shall produce data with a gender bias (Eichler, 1991; Nicolás, 2009; UNECE, 2010; Díaz and Dema, 2013). This almost always results in a failure to distinguish between men and women with men being viewed as the human archetype and with the same characteristics being attributed to women as found in the men. In other words, the resulting study is sexist. Or, in more sophisticated terms: the study, to some extent, fails to consider the reality of the situation since the data does not necessarily respond to the male or female situation, being an amalgam of the data of both.

Recently, numerous researchers and official organisms have implemented exposure processes for supposedly neutral statistics and/or studies. Among others, Picchio (1996) and Durán (2000) questioned national accounting data while Carrasco *et al.* (2004) revealed sexism in employment surveys (particularly in the Labor Force Survey). Possibly the most ambitious effort was Londa Schiebinger's attempt to eliminate sexism in research in the *Gender Innovation in Science, Health & Medicine, Engineering and Environment*² project, currently being conducted collaboratively by Stanford University and the European Commission. But for the purposes of our study, the most interesting attempt to understand the economic conditions of men and women in households,

based on official surveys, was the introduction of the "Intra-Household Sharing of Resources" module in the 2010 EU-SILC. However, this module has certain shortcomings and is only an appendix to the 2010 survey. Therefore, we believed that it was necessary to review the Spanish version of both, the EU-SILC and the HBS in order to determine to what extent these surveys demonstrate similarities and differences between men and women in household economics. This article presents the most important findings from this review.

FEMINIST CONTRIBUTIONS TO THE STUDY OF DOMESTIC ECONOMICS

Since the 1960's, feminist research has exercised an important influence on family sociology and household economy studies, revealing key aspects for gender relations analysis, as well as the complex interrelations between family and economy.

Family is one economic unit of income and expenses, that has been considered as the smallest unit of analysis, both for sociology and for neoclassical economics. This has been the basis of the influential theories of Talcott Parsons (1955) and Gary Becker (1981), both of which consider the family to be the unit of production and resources distribution, functioning for the sake of the common good and making rational decisions in order to maximize benefits. For decades, the principal analyses of domestic economics have considered the household to be the smallest measurement unit, failing to examine what may be occurring within it, assuming that resources and well-being are shared equally by all members, given that they reside together.

One of the greatest contributions of feminist research has been the questioning of this belief that the family is the smallest unit of analysis, since it ignores the different potential interests of the various family members, resul-

² <http://genderedinnovations.stanford.edu/what-is-gendered-innovations.html>

ting in *familism*. According to Eichler (1991), this bias is a specific form of gender insensitivity that consists of viewing the family as a smallest unit of analysis, when actually are the individuals who carry out the actions being studied (Eichler, 1991:114). As Eichler revealed, the use of the family or household as the smallest unit of analysis is not always sexist. In fact, it may make it possible to quantify the number of families that are of a certain type or to determine how many families are affected by a certain event. The problem arises when an action or event carried out by individuals or that has different effects on specific family members, is attributed to the overall family unit. This occurs in the case at hand, since family income or expenses are considered to be the aggregate of individual incomes or expenses, thereby preventing the knowledge of who actually generates said income, who incurs said expenses, who has control of the resources or who benefits from them, etc.

When investigating what actually occurs within the household, power dynamics and intra-household inequalities are revealed, and connected to other social inequalities, thereby eliminating the idealized view of the family as a refuge of peace and safety and breaking with the false public-private dichotomy (Thorne and Yalom, 1992). The connection between the public and private sphere is another major contributions of feminist theory, upon which the concept of work has been redefined. In accordance with this theory, work is understood to include not only paid jobs but also domestic work and chores that tend to be performed by women. This has led to the questioning of the traditional family model in which the male is the provider and the female is the housewife. In contrast to the idea that men are the family providers while women are dependent and unproductive, feminist theories have revealed the value of the work carried out by women over history, particularly in working class and agricultural families (Tilly and Scott, 1978; Carrasco, Borderías and Torns, 2011).

Furthermore, they have recognized the productive and socially vital nature of the work carried out by women in the household, while also denouncing the exploitations suffered by the women performing this unpaid work (Dalla Costa and James, 1972; Gardiner, 1975; Molyneux, 1979).

The application of feminist beliefs regarding domestic economic analysis has led to various new lines of research. Because it is believed that the household does not necessarily function as a unit and that the interests of its component members may differ, it is necessary to understand how resources are distributed between its different members, how these resources are used by men and women, the power and influence of each of these members and to what degree household gender in/equality influences the well-being of the different members. These are all issues that have been analyzed specialized literature since the 1960's (Blood and Wolfe, 1960; Stamp, 1985; Pahl, 1989; Morris, 1990; Stocks, Díaz and Hallerod, 2007).

The increasing presence of women in the labor market and the resulting increase in dual-income couples has led to numerous studies that attempt to determine whether the fact that women have their own income results in more egalitarian relationships and whether or not the difference in income in favor of men or women changes the family situation (Hertz, 1988; Tichenor, 1999; Dema, 2006; Winslow-Bowe, 2006). Various studies have shown the importance of determining how resources are managed and how economic decisions are made in households, with more recent studies focusing on the decision making processes, and not only the results of the same (Vogler and Pahl, 1994; Coria, 1997; Dema, 2009).

Due to the major transformations occurring in Western families, a new line of research has been created that focuses on the economic functioning of non-conventional households such as those made up of gays and lesbians (Clarke, Burgoyne and Burns, 2005) and com-

mon law couples (Heimdal and Houseknecht, 2003; Oropesa, Landale, and Kenkre, 2003; Vogler, 2005), as well as the economic practices during the early relationship stages (Burgoyne, Reibstein, Edmunds and Dolman, 2007) and in the case of second marriages (Burgoyne and Morrison, 1997), etc.

As Ferree (2010) suggested, one of the main challenges proposed by feminist theory over the past decade in regards to family studies involves the incorporation of intersectional analyses. This approach has opened new research lines that are not limited to the understanding of gender relations, but that also examine how said relationships interact with age, ethnicity, social class, sexuality, etc., giving rise to studies that look at generational differences, aiming to understand the economic behavior of the elderly (Price, 2011), as well as economic practices in non-Western contexts, looking at ethnic and/or racial differences (Fleming, 1997; Eroglu, 2009; Kusago and Barham, 2001).

All of these studies, producing their own quantitative and qualitative data, have greatly contributed to the understanding of domestic economics. The research approach of the present study consists of determining whether or not official survey statistics have taken advantage of the aforementioned research and have included its theoretical and methodological findings, allowing researchers to determine what occurs inside the households. Gender relations are emphasized in the present research; however the analysis may also be applicable to the understanding of parent-child relationships or intergenerational relations, among other intrafamily dynamics.

THE SUPPOSED GENDER NEUTRALITY OF THE STATISTICS ON INCOME AND LIVING CONDITIONS AND THE HOUSEHOLD BUDGET SURVEY

This section presents an analysis of how the two examined surveys, the Spanish version

of both, the EU-SILC and the HBS may facilitate or hinder the study of gender relations within households. Both surveys are the main official data sources for the distribution of household income and expenses. The 2010 versions of both surveys were analyzed, primarily due to the specific module that was included in the EU-SILC devoted to the distribution of household resources.

To conduct this study, it was necessary to review the methodological documents of both of these surveys as well as recommendations made by the INE (Spanish National Institute of Statistics) and EUROSTAT for their elaboration and the questionnaires used for data collection. In our analysis, we focused on the objectives of both surveys, on their theoretical foundations and the sociological concepts underlying their design, as well as in their potential and limitations for the study of the dynamics generated within households, particularly in regard to gender relations.

The invisibility of gender inequalities and intrafamily dynamics

As described in the previous section, one of the main contributions of feminist research to family studies has been the questioning of whether this is indeed the smallest possible unit of analysis and therefore it focus on what really occurs within the household, revealing the relationships existing between men and women.

When analyzing the objectives of the the Spanish version of both, the EU-SILC and the HBS, there is no explicit mention of the fact that their data may permit the study of intrafamily dynamics or gender relations. The primary objective of the Spanish EU-SILC is to produce longitudinal information on a national and European scale, on household income and living conditions, including the level and composition of poverty and social exclusion. The Household Budget Survey, on the other hand, provides information on hou-

sehold consumer expenses, allowing for estimation of private consumption quantities in national accounts, such as the calculation of the Consumer Price Index (CPI). Most likely, this failure to include gender issues came in response to the sociological approaches that dominated at the time of the design of both surveys, where intrafamily dynamics, specifically the relationship between men and women, were not considered relevant. Today however, the failure to provide information regarding what is occurring inside Spanish households is considered to be a lost opportunity, preventing family research progress.

In the case of the Spanish Household Budget Survey, like other similar European surveys, the household is considered to be the final unit of analysis, preventing knowledge regarding what happens to each of the individual household members, unless the household is made up of only one individual. This survey was constructed based on a "unitary approach" or "familism", a concept that has been widely criticized by authors from a theoretical or empirical approach (Haddad and Kanbur, 1990; Eichler, 1991; Jenkins, 1991; Brines, 1994; among others). These studies do not question the fact that the family is indeed an economic unit, but they argue that it should not be considered to be the smallest unit of analysis, given that this hides the dynamics generated within the family.

In this survey, a striking phenomenon is produced. Despite the fact that the expenses of each member of the household over the age of 14 is registered individually, they are grouped together and micro-data is only offered in an aggregate manner, preventing the identification of differences and/or similarities in the spending patterns of men and women. This is in response to the survey's objective of offering a large-scale view of the households without considering intrafamily dynamics. However, based on the Household Budget Survey, estimates are offered such as

average per person expenditures on certain goods and services, calculated from the sum of family expenses divided by the number of household members. Thus, instead of using actual data that was collected in the survey, the presumption is made that all family members spend equally, thereby producing a new sexist bias in which it is assumed that purchasing decisions are consensual and spending is carried out equally. In other words, that differentiated spending patterns do not exist for family members. However, as revealed in numerous research studies, gender relations do in fact influence individual spending behavior (Coria, 1997; Dema, 2006; Stocks *et al.*, 2007).

The Household Budget Survey has a large-scale orientation, an approach that would not be problematic if it also offered information for the analysis of micro-sociological issues. It highlights aggregated data that are scaled up nationally in order to offer spending estimates for the total population, but it does not reveal information on male and female spending patterns, something that is of particular need in the case of households made up of couples. For example, transport expenses are offered in an aggregate manner for the entire household making it impossible to determine whether the expense was gasoline or public transportation, nor does it reveal who incurred said expenses. The same occurs with food expenses, as the survey offers information on household food expenses but does not allow for comparison of whether males consume more or less than women in food outside of the home, since restaurant expenses are combined with leisure expenses and no specification is made regarding who incurred the expenses. As seen in these two examples, the macro data on its own offer an overly biased perspective of what occurs in the households and this information needs to be completed with additional data revealing the intrafamily dynamics in order to offer a more thorough view of the family economics.

The Spanish EU-SILC is a more advanced tool in terms of producing information on what occurs within the family household. This survey offers personalized data on all members of the household on aspects such as professional activity, income, health and education, etc. In analyzing household economics and specifically, in order to understand gender relations, data on individual family members' earnings is key, since this information allows for the possible identification of potential differences or similarities in incomes between men and women in the different types of homes and changes over time. Still, in some cases, the Spanish EU-SILC assumes that wealth and well-being is shared equally between all family members as is the standard of living. This assumption is revealed in the non-monetary household deprivation indicators. As feminist researchers have discussed when studying issues such as poverty, it is necessary to know not only whether or not the household is considered to be poor, but also to determine what occurs to each individual of the household, as they may have distinct access to resources and well-being (Cantillon and Nolan 2001; Cantillon 2013).

To correct this type of bias which prevents a clear understanding of intrafamily dynamics, several potential improvements should be made. On the one hand, the micro data offered by the Spanish HBS must allow for a differential analysis of all family members. Thus, the survey must distinguish between personal and overall/family expenses; and within personal expenses, it is important to determine who incurs the expense and how much is spent on each product or service. Technically, this is possible and quite simple to accomplish, given that the survey registers expenses generated by the household in an individualized manner.

On the other hand, in the case of the Spanish EU-SILC, a more subtle bias is revealed, since the survey describes the situation of each family member, but as previously men-

tioned, it assumes that well-being and wealth are shared by all. To prevent this, the survey should also register not only whether or not the household has goods such as mobile telephones, computers or cars, but also the ownership, use and control of these goods, since the mere fact that there is a phone, computer or car in the household does not necessarily mean that all members of the family have an equivalence access to these goods.

Another substantial survey improvement consists of allowing for the possibility of dynamic analysis, across the family life cycles. This would allow for consideration of the potential changes that may occur in economic patterns when children leave the household, when couples separate, when family members reach retirement age or other circumstances that may affect the economic conditions. Therefore, the domestic economics surveys should determine how long the couples have been married or living together, in order to know if the money management practices, use of the same and economic decision making, among other issues, vary over time. Both surveys reveal the number of dependent minors living in the household, but they do not specify the number of children that have left the home and when they left, therefore they do not indicate whether or not spending patterns changed or remained the same after the children left the home or if there were differences in spending patterns in those homes that have had children as opposed to those that did not.

The separation of income and expenses as the result of the separation between production and reproduction

Both economics as well as economic sociology have traditionally separated the spheres of production and consumption. On the one hand, there is the income derived from paid work or other sources linked to commercial production and on the other hand, there are

expenses, consumption. Feminist theory, however, questions this separation between production and consumption, considering that responds to a false dichotomy, since household consumption is often tied to a productive activity or to human sustainability, necessary for survival.

The Spanish version of both the EU-SILC and the HBS was designed from this conception of two separate spheres, with detailed information on household income being included in the former and the registering of expenses in the latter. Clearly, there are technical reasons for this separation; however, it prevents a collective and interrelated analysis of both spheres of the household economy and the determination of the influence of income on expenses and vice versa.

On the contrary, viewing production and consumption as complementary facets, as suggested by feminist approaches, leads to an increased importance of the roles established by men and women, in that they may be related to the spending patterns and the products consumed. Some studies have revealed considerable gender differences in regards to investments made and economic risks assumed. In fact, authors such as Kaye refer to “*sexual transmitted debt*” or STD (Kaye, 1997) for those situations in which men request loans or credit that are above and beyond their family’s possibilities, transferring the debt to the women and preventing them from effectively administering the household’s money. Indeed, this is an issue of interest that surveys on domestic economics should consider.

Similarly, when collectively analyzing production and consumption, it is necessary to include domestic work, given that it may offer significant savings for the household economy. When a woman purchases products in order to perform specific domestic tasks that are not paid for, surveys do not consider this to be productive, but, to the contrary, it is considered to be consumerism. However, by

acquiring certain products on the market and investing time and effort elaborating them, goods and services are produced in the household that, otherwise, would have to be purchased from outside of the home at market prices. Given the incomes of many households, it is not likely that these expenses incurred from the payment of market prices for these goods and services could be permitted. Hence, this is a substantial contribution made, in large part by women, which the surveys on household economics fail to consider. This is a limitation that we shall analyze in more detail in the next section.

To avoid this separation between income and expenses, it would be possible to unite both surveys or to conduct them with comparable samples in order to fully demonstrate the economic processes occurring within the households. Thus, it would be possible to understand, for example, if households in which women earn more than men or have the final word on decision-making, incur more debt than other households do, or whether or not single parent households run by women have more debt than those run by men. Besides, by joining both surveys, it would be possible to prevent the duplicity that occurs when conducting two surveys on similar topics, wasting both time and resources³.

In any event, even if maintaining the two surveys separate, substantial improvements could be made, particularly on the Spanish HBS. The inclusion of detailed work and socio-economic information for all household members, not only for the supposed primary breadwinner, and a breakdown of personal expenses, would allow us to determine whether or not certain changes in gender roles, such as the entry of women in the labor

³ In addition to dealing with similar topics, both surveys collect similar information on the basic personal information of the household members, as well as data regarding household composition, the housing itself and household expenses.

force, result in an increase in spending on goods for personal use. Or, it could reveal whether or not this circumstance led to changes in household consumption such as an increase in short-term service expenses designed to save time (meals outside of the house, laundering services, childcare, etc.).

Failure to include and calculate domestic and care work

Despite the fact that, for several decades now, feminist theory has demanded consideration of unpaid domestic and care tasks as work (Reid, 1934; Dalla Costa and James, 1972; Gardiner, 1975; Molyneux, 1979), one of the main limitations of the EU-SILC and the HBS is the lack of this information on (unpaid) domestic and care work performed in the household.

Clearly, the failure to account for domestic and care work results in a limited vision of the economic activity carried out by the families, probably to the jeopardy of the women who typically perform these jobs, as revealed in Spain's successive Time Use Surveys (2002-2003 and 2009-2010). For example, children, during their younger years, have elevated associated costs that are not only based on monetary resources, but also on care, which if carried out for free within the home, are not calculated in these surveys, but if conducted professionally, are indeed calculated. The fact that childcare carried out in the household requires a series of resources, specifically in the form of time and work, which may prevent the caregiver from conducting other activities (paid work, leisure activities, etc.), is ignored, and the stereotype of the female consumer as opposed to producer is reinforced, since what they purchase for food, cleaning and care services is calculated, but the women's work is not, nor are the savings that it represents for the household.

The EU-SILC and the HBS focus on calculating monetary issues related to income and expenses (salaries, current household

expenses, vacation expenses, savings, etc.), and, to a lesser extent, non-monetary issues (salary in kind, free meals, company vehicle, etc.). By failing to offer a monetary value to domestic and care-related services, a very unbalanced view is presented, favoring males who are considered to be the main economic breadwinners of the family. In fact, when only considering the income data from the EU-SILC, males provide a greater percentage of the household income since, on the one hand, the rate of male activity is higher than that of the female, and on the other hand, since the gender pay gap of the labor force is also reflected (Díaz, Dema and Finkel, 2015).

Time use surveys and satellite accounts on domestic production represent an attempt to calculate and assess the value of domestic and care work, therefore the inclusion of this information in the household economics surveys could offer various advantages. On the one hand, it reveals data on the overall economic contribution of men and women, given that said contribution is not exclusively tied to income (what these surveys currently calculate) but also includes domestic and care work, and hence, knowledge on who carries out said work, how much time is dedicated to it and its economic value. On the other hand, it would be possible to quantify both additional expenses associated with the unpaid work such as potential household savings generated by the unpaid activity. And finally, it would make it possible to determine whether or not different organized forms of domestic and care work vary based on differences in incomes between men and women. If the HBS and the EU-SILC were to calculate the monetary value of the unpaid work performed by men and women, it would be possible to determine whether or not the equal division of tasks or the externalizing of certain care services is related to increased female incomes or to a decreased income differential between couples, among other issues. All of this offers a more appropriate

image of what is really occurring within the household economy, going beyond mere calculations of income and expenses, as currently occurs in the EU-SILC and the HBS, respectively.

Often when offering value to unpaid work, it is argued that there are technical difficulties in determining a price for non-market services. Indeed, calculating and assessing domestic and care work has its difficulties (Carrasco *et al.*, 2004: 88-93). One of the main problems suggested by experts results from the difference between those activities that are considered to be work and those that are not, some of which are difficult to categorize, given that they imply emotional relationships that are linked to family bonds. Similarly, in domestic work, a large part of the work is carried out simultaneously, hindering measurement of the individual tasks. The very method of evaluating domestic work is another controversial issue⁴. Some authors feel that it is necessary to define and assess the care work based on its own characteristics and do not use market references, since this work is carried out from a different social and emotional context than paid work and satisfies personal and social needs that do not allow for a simple substitution with market production (Carrasco *et al.*, 2004: 101).

Despite the difficulties associated with the assessment of non-commercial activities, both the Spanish version of the EU-SILC and the HBS grant market value to some non-monetary goods, such as those products produced for self-consumption, the salary in kind, company vehicles, free

or subsidized meals, etc. This methodology may be used in the same manner as those developed in the time use surveys to assess domestic and care work.

The prevalence of the “provider role” and the invisibility of new roles and new types of households

As previously described, feminist research on the family has questioned the traditional belief that men are the primary providers of the household and have attempted to understand the economic functioning of non-conventional households. The surveys being analyzed in this study pose two problems in this area: first, the EU-SILC maintains the concept of main provider, and second, both the Spanish EU-SILC and the HBS lack sufficient sample sizes to analyze new family models.

The presence of main provider concept in the Spanish HBS in response to a solid tradition in these types of surveys to share a conventional family vision, at a time when the traditional model of the male breadwinner and female housewife is becoming increasingly more uncommon in both Spain and the rest of the western world. According to data from the Spanish EU-SILC, this type of household currently represents 30% of those formed by couples, while 68% consist of dual-income couples and in the remaining 2%, the woman is the sole income provider (Díaz, Dema and Finkel, 2015).

The selection of the main breadwinner in the Household Budget Survey is controversial, given that it is not based on objective criteria, but rather, on whomever the individual filling out the “household record” declares to be the principal provider⁵. That is, the

⁴ In time use studies, two method types have been used, *output* and *input* based methods. In the former, the good or service produced in the household is assigned a price that is equivalent to what would be paid for the same on the market, deducting the goods, supplies or raw materials used for its production. In the latter, a salary rate is used; that is, how much would it cost to hire someone to carry out a given activity (Carrasco *et al.*, 2004:92).

⁵ In this survey, various questionnaires are completed, one of which is the “household record”, recording the individuals living in the household and their basic biographical information (date of birth, sex, nationality, marital status and family relationships), while also iden-

incomes of the different household members are not compared; rather, whoever completes the survey on household composition determines the provider, based on who has the highest income. This may create bias in information collection. In fact, in 20% of the households in which women have greater earnings than men, the individual filling out the record names the male as the primary provider. This may be explained, as found in other qualitative studies, by the fact that in households made up of couples, strategies are used to present the male as the principal provider figure (Potuchek, 1997; Dema, 2006).

On the other hand, and although sexist biases are avoided in filling out this questionnaire, there are an increasing number of cases in which both members of the couple have similar incomes, making it difficult to determine who in fact is the primary provider. In fact, beyond merely determining who has a greater income, it should be determined whether or not there actually is a primary salary for dual-income couples. The idea of the primary breadwinner is linked to the belief that the household is maintained based on the main input of one income and that the income of the other member of the couple, should it exist, is an expendable extra. However, more and more in today's society, both salaries are indispensable in order to guarantee the family's wellbeing.

The second issue to be addressed in this section refers to the treatment of non-conventional households in surveys on household economics. Due to the changes occurring in today's families, the composition of the household is increasingly varied and the traditional model of the nuclear family with the male provider and the female housewife is less and less frequent in the face of other

cohabitation patterns such as dual-income households, single parent households, homosexual households, unmarried couple households, individuals living alone, reconstituted households with concomitant obligations to and input from outside, and may other living arrangement.

The examined surveys allow for comparison between single and dual income households, as well as single-person households made up of a man or a woman. However, insufficient sample size impedes the conducting of a detailed analysis of single-parent households (2.4% in the Spanish EU-SILC and 2% in the Spanish HBS), homosexual couples (0.2% in the Spanish EU-SILC and less than 0.1% in the Spanish HBS), unmarried couples (10.8% of the heterosexual couples in the EU-SILC and 12.3% in the Spanish HBS), remarried couples, etc. Since a comparison between conventional and non-conventional households is not permitted, these surveys do not reveal potential economic changes that may occur in different household types, or new forms of economic management and decision-making associated with these new models of cohabitation.

For example, specialized literature demonstrates that to prevent possible conflicts over money, reconstituted families often separate a part of the same, resulting in less economic community in these families than in those that are formed for the first time (Burgoyne and Morrison, 1997). In order to compare this information on a larger scale, the surveys should not only register the volume of transfers sent to other households (as done by the HBS) and those received by other households (as done by the EU-SILC) and current marital status, they should also determine the existence of former couples and their type, as well as any formal or informal economic agreements that may exist with respect to the economic transfers, dependent person care or other forms of economic-affective relationships.

tifying absent individuals as well as the primary breadwinner. Information is collected regarding the work history of the primary breadwinner, and finally, a series of questions is presented regarding the income of the other individuals making up the household.

OFFICIAL SURVEY UPDATING: MODULE 2010 OF THE LIVING CONDITIONS SURVEY ON “INTRA- HOUSEHOLD SHARING OF RESOURCES”

In 2010, the EV-SILC included a module on the “Intra-Household Sharing of Resources”. This module is of particular interest for our topic and it represents a considerable advance in the provision of data that permits the analysis of intrafamily dynamics, as its design includes many of the previously mentioned findings from studies of household economics.

In the survey’s *household questionnaire*, some questions were raised regarding ownership and money management in the household. For example, it was asked whether or not the money received in the household is considered to be of common use or if it is reserved for the private use of the individual who earned it. It also determines who is responsible for managing the household economics. These simple questions offer very valuable information for understanding how household economics function and they allow us to identify the management models that authors such as Vogler and Pahl (1994) described in their studies⁶.

In the survey’s *individual questionnaires*, the module includes questions regarding the contribution of each individual to the household income, their access to bank accounts, capacity to make decisions on spending for their own consumption and for leisure activities, to make decisions on spending related

to minors (in the case in which there are minors in the household), how long the couple has lived together (in the case in which there are couples in the household) and decision making. These topics, in particular, those regarding decision making, are very important in order to understand the dynamics generated in families in regards to economic behavior and they represent a great advance since, for the first time, this information permits comparisons to be made between the 27 countries of the European Union, and not only for the country at hand.

Without disregarding the module’s potential, there are at least three aspects that could be expanded upon. On the one hand, its questions offer limited information regarding decision making and do not reveal who made these decisions, a particularly relevant study objective in order to determine not only how household economics functions but also gender relations in the couples (Dema, 2009). In accordance with this author, it is necessary to differentiate between at least three types of negotiating processes. First, there is a conventional model in which there is no negotiation since men and women make decisions based on traditional gender roles whereby men make the major decisions and women occupy themselves with the everyday decisions. Second, is the model in which consensus is negotiated but not attained, given that there are not equal negotiating conditions for men and women. And finally, an egalitarian model in which men and women negotiate under equal conditions and actively seek consensus, acting freely when proposing initiatives and attempting to reconcile the wishes and interests of both.

On the other hand, the module does not include questions that permit analysis of the meaning of money for the interviewed individuals, or how they manage and use money in their household. These are complex and subtle issues that have been highlighted in many research studies (Coria, 1991; Zeli-

⁶ We refer to the “*joint pooling system*” or combined household monetary management and administration model, the “*male whole wage system*” or the monetary administration by men, the “*female whole wage system*” or the monetary administration by women, the “*house-keeping allowance system*” or administration of the specific quantity assigned to household functioning and the “*independent management system*” or the separate management model in which men and women manage their own money autonomously.

zer, 1997; Stocks *et al.*, 2007) and that may give rise to the design of new questions to be included in the questionnaires. For example, in the module it is possible to ask questions regarding the meaning of money for the individual members of the couple, in regards to the money that they earn as well as the money earned by the other. Reference may be made to conflicts generated within the household based on the fact that men earn more than women or, when women earn more than men. It is also possible to determine if, in order to avoid economic-based conflicts, certain areas are excluded from the family agenda as well as who excludes them or how men and women respond when conflicts arise between the individual and family interests, among other issues.

With respect to bank account management, the module offers limited information, only asking if the individual is authorized to access any bank account. This issue, as well as the use of plastic money, is the subject of a study being currently conducted by one of the primary household economics researchers, Jan Pahl. This author believes that both the use of credit cards and the telephone or Internet to manage bank accounts is changing the manner in which couples manage money. Indeed, Pahl's studies have revealed that these electronic management forms result in more operations being made without partner consultation, also revealing new forms of gender inequality, with men using plastic money more frequently than women and having increased access to new technologies and therefore, to the management of bank accounts over the Internet (Pahl, 1999). In view of the social relevance of new technologies, it would be useful for these household economics surveys to provide data allowing for large-scale determination of whether or not gender differences exist in the use of electronic money.

And finally, the module is not created on an annual basis, like the rest of the survey,

but rather, data is collected approximately every four years (at maximum) and the module is not necessarily repeated. This may prevent access to periodic information on these issues, thereby preventing knowledge of potential changes that may occur in the households over time.

CONCLUSIONS

The main drawback to surveys such as the HBS or the EU-SILC, among others, and without considering research that has questioned their potential sexist bias, is that they offer society a limited and lax view of itself. This is particularly problematic because these surveys are otherwise quite thorough and detailed and are applied to a very large population.

The authorities and technical personnel who create these surveys are beginning to take some of the gender-based criticisms into consideration. Of the two surveys analyzed in this article, the Spanish HBS is in a very early state, therefore it proves impossible to compare current male and female household spending (except in the case of single person households). The EU-SILC is more advanced and, specifically, the 2010 module on "Intra-Household Sharing of Resources", allows for an understanding of some very relevant issues regarding the functioning of household economics and gender differences occurring within it. However, in order to attain a greater understanding of household economics based on these surveys, it would be useful to make some conceptual and methodological changes.

First, the surveys should break with the concept that the family is the smallest possible unit, showing individual spending patterns for men and women. Also, it is important for the comprehension of the household dynamics that large-scale information is generated on economic management and administration models within the household and on econo-

mic decision-making. These phenomenon are somewhat addressed in module 2010 of the EU-SILC “Intra-Household Sharing of Resources”, however, as previously discussed, these issues should be expanded upon and this information should be offered in a periodic and systematic manner.

Second, given that income and expenses are two sides of the same coin, it would be useful to demonstrate the link between these spheres, that is, to what degree does the income of each member of the household condition the patterns of family and individual spending. One unique survey incorporating both aspects would prove quite useful for researchers of these issues. The survey would be quite long; however, it would save time and efforts and avoid unnecessary duplications. If a single survey is not recommended due to technical issues, two surveys may be created with comparable samples.

Third, domestic and care work should no longer be ignored by these official surveys and statistics. In the EU-SILC and the HBS, it would be valuable to assess domestic and care work carried out in the household, the amount of time devoted to the same and who performs them, as well as the expenses associated with this work and the potential savings incurred. If this area is not considered and the focus is exclusively on the analysis of monetary income, an inaccurate image will be promoted to society in which men offer more to the economics of the family than women.

Fourth, social changes, not only in Spain but also in surrounding countries, make it increasingly more necessary for domestic economics surveys to provide regular information on the practices of those cohabitating in unconventional family units (gays and lesbians, common law couples, second marriages, homes where women earn more than men, etc.). In scientific research, as previously discussed, it has been suggested that the economic practices of these house-

holds differ from those of conventional homes, but unfortunately, the surveys examined do not have sufficient sample sizes to analyze them.

Finally, in a globalized world such as ours, family relations are not excluded from processes of interrelation. Comparative studies are vital to understanding the global context. Luckily, the EU-SILC, being harmonized with studies from other countries of the European Union and the Household Budget Survey, in accordance with recommendations of EUROSTAT, offer good means of comparison with other European households. The challenge now consists of guaranteeing that the surveys, not only the European ones, are increasingly comparable on a global level and include the gender perspective.

BIBLIOGRAPHY

- Becker, Gary (1987) [1981]. *Tratado sobre la familia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Blood, Robert, and Wolfe, Donald (1960). *Husbands and Wives: The Dynamics of Married Living*. New York: Free Press.
- Brines, Julie (1994). “Economic Dependency, Gender, and the Division of Labor at Home”. *American Journal of Sociology*, 100: 652-688.
- Burgoyne, Carole B.; Reibstein, Janet; Edmunds, Anne and Dolman, Valda (2007). “Money Management Systems in Early Marriage: Factors Influencing Change and Stability”. *Journal of Economic Psychology*, 28: 214-228.
- and Morrison, Victoria (1997). “Money in Remarriage: Keeping Things Simple and Separate”. *Sociological Review*, 45(3): 363-395.
- Cantillon, Sara (2013). “Measuring Differences in Living Standards Within Households”. *Journal of Marriage and Family*, 75(3): 598-610.
- and Nolan, Brian (2001). “Poverty within Households: Measuring Gender Differences Using Non-monetary Indicators”. *Feminist Economics*, 7(1): 5-23.
- Carrasco, Cristina; Borderías, Cristina and Torns, Teresa (2011) (eds.). *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*. Madrid: Catarata.

- ; Mayordomo, Maribel; Domínguez, Màrius and Alabart, Anna (2004). *Trabajo con mirada de mujer*. Madrid: Consejo Económico y Social.
- Clarke, Victoria; Burgoyne, Carole and Burns, Maree (2005). "For Love or Money? Comparing Lesbian and Gay, and Heterosexual Relationships". *The Psychologist*, 18(6): 356-358.
- Coria, Clara (1991). *El sexo oculto del dinero*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- (1997). *Las negociaciones nuestras de cada día*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Dalla Costa, Mariarosa and James, Selma (1972). *The Power of Women and the Subversion of the Community*. London: Butler and Tanner.
- Dema Moreno, Sandra (2006). *Una pareja, dos salarios. El dinero y las relaciones de poder en las parejas de doble ingreso*. Madrid: CIS.
- (2009). "Behind the Negotiations: Financial Decision-making Processes in Spanish Dual-income Couples". *Feminist Economics*, 15(1): 27-56.
- Díaz Martínez, Capitolina and Dema Moreno, Sandra (2013). "Metodología no sexista en la investigación y producción del conocimiento". In: C. Díaz y S. Dema (eds.). *Sociología y Género*. Madrid: Tecnos.
- ; — and Finkel, Lucila (2015). "Desigualdades de género en la distribución de recursos económicos en las parejas españolas". *Papers*, 100 (1): Forthcoming.
- Durán, María Ángeles (2000). *La contribución del trabajo no remunerado a la economía española: alternativas metodológicas*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Eichler, Margrit (1991). *Non-sexist Research Methods*. London: Routledge.
- Eroglu, Sebnem (2009). "Patterns of Income Allocation among Poor *Gecekondu* Households in Turkey: Overt Mechanisms and Women's Secret Kitties". *The Sociological Review*, 57(1): 58-80.
- Ferree, Myra Marx (2010). "Filling the Glass: Gender Perspectives on Families". *Journal of Marriage and Family*, 72: 420-439.
- Fleming, Robin (1997). *The Common Purse: Income Sharing in New Zealand Families*. Auckland: Auckland University Press, Bridget Williams Books.
- Gardiner, Jean (1975). "Women's Domestic Labor". *New Left Review*, 89: 47-57.
- Haddad, Lawrence and Kanbur, Rabi (1990). "How Serious is the Neglect of Intra-household Inequality?". *The Economic Journal*, 100: 866-881.
- Heimdal, Kristen R. and Houseknecht, Sharon K. (2003). "Cohabiting and Married Couples' Income Organization: Approaches in Sweden and the United States". *Journal of Marriage and Family*, 65: 525-538.
- Hertz, Rosanna (1988). *More Equal than Others*. Berkeley: University of California Press.
- Jenkins, Stephen P. (1991). "Poverty Measurement and the Within-household Distribution: Agenda for Action". *Journal of Social Policy*, 20: 457-483.
- Kaye, Miranda (1997). "Equity's Treatment of Sexually Transmitted Debt". *Feminist Legal Studies*, 1: 35-55.
- Kusago, Takayoshi and Barham, Bradford (2001). "Preference Heterogeneity, Power and Intra-household Decision-Making in Rural Malaysia". *World Development*, 29(7): 1237-1256.
- Molyneaux, Maxine (1979). "Beyond the Domestic Labour Debate". *New Left Review*, 116: 3-27.
- Morris, Lydia (1990). *The Workings of the Household*. Cambridge: Polity Press.
- Nicolás Lazo, Gemma (2009). "Debates en epistemología feminista: del empiricismo y el standpoint a las críticas postmodernas sobre el sujeto y el punto de vista". In: Nicolás Lazo, G. and Bodelón González, E. (coords.). *Género y dominación: críticas feministas del derecho y el poder*. Barcelona: Anthropos.
- Oropesa, R. S.; Landale, Nancy S. and Kenkre, Tanya (2003). "Income Allocation in Marital and Cohabiting Unions". *Journal of Marriage and Family*, 65: 910-926.
- Pahl, Jan (1989). *Money and Marriage*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- (1999). *Invisible Money: Family Finances in the Electronic Economy*. Bristol: Policy Press.
- Parsons, Talcott and Bales, Robert F. (1955) (eds.). *Family, Socialization and Interaction Process*. Illinois: Free Press.
- Picchio, Antonella (1996). *The Analytical and Political Visibility of the Work of Social Reproduction*. Background papers for the Human Development Report. New York: UNDP.
- Potuchek, Jean (1997). *Who Supports the Family? Gender and Breadwinning in Dual-earner Families*. Stanford: Stanford University Press.

- Price, Debora (2011). "Behind Closed Doors: Older Couples and the Management of Household Money". ESRC research grant RES-061-25-0090. London: Institute of Gerontology, Kings College London.
- Reid, Margaret (1934). *Economics of Household Production*. New York: John Wiley.
- Stamp, Peggy (1985). "Balance of Financial Power in Marriage: An Exploratory Study of Breadwinning Wives". *Sociological Review*, 33(3): 546-557.
- Stocks, Janet; Díaz Martínez, Capitolina and Halleröd, Björn (2007) (eds.). *Modern Couples Sharing Money, Sharing Life*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Thorne, Barrie and Yalom, Marilyn (1992) (eds.). *Rethinking the Family. Some Feminist Questions*. New York, London: Longman.
- Tichenor, Veronica (1999). "Status and Income as Gendered Resources: The Case of Marital Power". *Journal of Marriage and the Family*, 61 (3): 638-650.
- Tilly, Louise and Scott, Joan W. (1978). *Les femmes, le travail et la famille*. Paris: Rivage.
- United Nations Economic Commission for Europe (2010). *Developing Gender Statistics: A Practical Tool*. Genève: Naciones Unidas.
- Vogler, Carolyn (2005). "Cohabiting Couples: Rethinking Money in the Household at the Beginning of the 21st Century". *Sociological Review*, 53(1): 1-29.
- and Pahl, Jan (1994). "Money, Power and Inequality within Marriage". *Sociological Review*, 42(2): 263-288.
- Winslow-Bowe, Sarah (2006). "The Persistence of Wives' Income Advantage". *Journal of Marriage and Family*, 68: 824-842.
- Zelizer, Viviana A. (1997). *The Social Meaning of Money*. Princeton: Princeton University Press.

RECEPTION: August 6, 2013

REVIEW: November 19, 2013

ACCEPTANCE: January 9, 2014

